Ensayos

Octubre 1938 - Agosto 1939

21

Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:
EUGENIO PETIT MUÑOZ - COLONIA, 2277
IMPRESIÓN:
TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO XXI

Págs.

Guglielmo Ferrero: El Congreso de Viena 201

Luis E. Gil Salguero: La lucha contra el principio de la forma 224

Arturo Ardao: Una campaña fourierista en el Montevideo de hace un siglo . . 229

Alvarez Alonso: Juglería de las figuras reales 244

Lauro Ayestarán: Adán 248

Niels Bohr: El cuantum de acción y la descripción de los fenómenos . . . 249

Jesualdo: Sarmiento y la reforma de la escuela uruguaya 258

NOTAS:

Ernesto Bauer: El antisemitismo en la Alemania nazi 278

George Bernanos escribe para "Sur" . . 281

Redacción de los Comités Antifascistas: Agresión fascista y desagravio popular a la nacionalidad y la democracia uruguayas 288

Felipe Gil: Penetración nazi en América latina, por Adolfo Tejera 294

Signo por: L. Castellanos Balparda

Grabado de la carátula posterior por Carlos Montag

Octubre de 1938
Agosto de 1939 **Ensayos** Año II - No. 21

EL CONGRESO DE VIENA

PRINCIPIOS Y CONVENIENCIAS: EL PRIMER CONFLICTO

Este artículo es un capítulo del libro en el cual Guglielmo Ferrero trabaja en este momento: **Construcción. Talleyrand en Viena (1814 - 1815).** Esta obra combinará con el volumen ya publicado: **Aventura. Bonaparte en Italia (1796-1797).** En **Aventura**, Ferrero ha estudiado la historia de la primera campaña de Italia, mostrando por qué desarrollos imprevistos, no queridos y tumultuosos, ella terminó en el Tratado de Campo-Formio que fué el comienzo del gran caos de Occidente. La destrucción de Venecia destruye el equilibrio del sistema italiano; en pocos años el vuelco del sistema italiano provoca el vuelco de todo el sistema europeo. En **Construcción**, Ferrero estudia el gran esfuerzo hecho por Europa, en 1814 y 1815, para reconstituir el orden europeo, insistiendo particularmente sobre el papel de Talleyrand, a quien Ferrero define como "un gran filósofo de la política". Según Ferrero, Talleyrand llegó a Viena con una doctrina sobre la paz y sobre la guerra, sobre el orden y sobre la revolución, sobre el equilibrio y el desequilibrio de Europa, que le sirvió para poner a raya las aberraciones y los errores más peligrosos del Congreso. Esta doctrina es, para Ferrero, mucho más seria y profunda que lo que se ha pensado, y es útil estudiarla, porque puede servir aún hoy mismo.

El plenipotenciario del rey de Francia llegó a Viena el 23 de setiembre. Sus tarjetas de visita hicieron saber pronto a Europa que Luis XVIII no había mandado a Viena al príncipe de Benevento, sino al príncipe de Talleyrand. La vieja y auténtica nobleza de Europa, escapada de la Revolución, iba a tener sus grandes audiencias: hijo de la Revolución, el principado de Benevento habría sido en Viena un bastardo y un intruso. Los negociadores de la paz que se iba a concertar en Viena eran todos príncipes según el antiguo régimen: en la augusta compañía importaba que el re-

presentante de Francia no tuviese demasiado el aspecto de un falso príncipe.

El príncipe de Talleyrand era el jefe de una delegación que comprendía al conde Alexis de Noailles, el duque Dalberg, el marqués de la Tour du Pin Gouvernet, y los señores La Besnadière, Challaye, Formond y Perrey. Su sobrina, la condesa Edmond de Périgord, lo acompañaba: ella estaba encargada de hacer en Viena, durante el Congreso, los honores de su casa. La corte de Viena había preparado para los emperadores, reyes y príncipes que asistirían al Congreso, una magnífica hospitalidad y un invisible servicio de vigilancia. Día por día, el Barón Francisco Hager, jefe de Policía, sabrá por los informes de sus agentes, lo que todos estos ilustres personajes hagan y digan; día por día, leerá su correspondencia. La delegación francesa fué objeto de una vigilancia digna de su importancia. Pero la policía de Viena, que no era tonta, no se dejó deslumbrar por los grandes nombres de la delegación: descubrió de inmediato entre las gentes del séquito, al hombre sospechoso. Era un tal Segismundo Neukomm, un austríaco de Salzburgo, pianista y compositor, discípulo de Haydn, que desde 1809 vivía en París, en el palacio del príncipe, y a quien éste había traído con él. ¿Un pianista en el gran Congreso para la reconstrucción de Europa? Metternich se alarmó: había gato escondido (1). Ordenes fueron dadas de vigilar estrictamente al músico de Salzburgo. (2)

Talleyrand había recibido instrucciones: un largo documento que él mismo había redactado de acuerdo con el rey y que Luis XVIII había firmado. Su título es: "Instrucciones para los embajadores del rey en el Congreso" (3). ¿Qué son estas instrucciones Un admirable esfuerzo

(1) "Anguille sous roche" en el original francés. Se ha buscado el modismo equivalente en castellano. — (N. del T.).

(2) Toda la curiosa historia de Neukomm resulta de los informes de policía que el comandante H. Weill ha publicado: "Les dessous du Congrés de Vienne", París, 1917, vol. I, págs. 114, 130, 135, 136, 352, 369, 372.

(3) Talleyrand lo publicó en sus Memorias, vol. II, pág. 214.

para conducir el caos de Europa y el orden que debía reemplazarlo a tres principios simples, claros y coherentes; y para poner de acuerdo esos principios con algunos intereses vitales de Francia. De los tres principios dos eran antiguos y conocidos; el primero había sido hasta reconocido oficialmente en una deliberación tomada en Londres el 6 de junio, a propósito de las reivindicaciones del Papa, por los ministros de las cuatro grandes cortes. Son formulados así en las Instrucciones:

> Las naciones de Europa no viven entre sí bajo la sola ley moral o de naturaleza, sino también bajo una ley que ellas se han hecho y que da a la primera una sanción que le falta; ley establecida por convenciones escritas o por usos constantemente, universalmente y recíprocamente seguidos, siempre fundada sobre un consentimiento mutuo, expreso o tácito, y que es obligatorio para todas. Esa ley, es el derecho público.
>
> Ahora bien; hay en este derecho dos principios fundamentales: el uno, que la soberanía no puede ser adquirida por el simple hecho de la conquista, ni pasar al conquistador, si el soberano no se la cede; el otro que ningún título de soberanía y por consiguiente el derecho que supone, tienen realidad para los otros Estados sino en tanto que lo han reconocido.
>
> Todas las veces que un país conquistado tiene un soberano, la cesión es posible, y surge del primero de los principios citados que ella no puede ser reemplazada ni suplida por nada...
>
> ...Un soberano cuyos estados se hallan bajo la conquista (si es una persona natural), no cesando de ser soberano a menos que haya cedido su derecho o que haya renunciado a él, no pierde por la conquista sino la posesión de hecho, y conserva por consiguiente el derecho de hacer todo lo que no supone esta posesión. El envío de plenipotenciarios al congreso la supone tan poco, que puede tener por objeto reclamarla.

Es pues entendido: la conquista no basta para crear la soberanía; es necesaria la cesión del gobierno precedente; los países anexados a Francia por un acto unilateral de los gobiernos revolucionarios no habían cambiado jamás de soberano y serían devueltos sin discusión. ¿Pero qué se haría con los países quedados sin soberano, sea porque el soberano había desaparecido, como la República de Génova, sea porque el soberano había renunciado a la soberanía sin cederla a otro soberano? Era el caso de todos los países que

la Revolución había anexado a Francia a consecuencia de tratados regulares de cesión, y a los cuales Francia había renunciado por el tratado del 30 de mayo, sin cederlos a otro Estado. Caso sin precedentes, la mitad de Europa estaba vacante; como la conquista no crea la soberanía, las cuatro potencias aliadas no podían transferir a un soberano nuevo la soberanía que no poseían; había que crear la soberanía nueva *ex nihile*: pero ¿quién tendría este poder trascendente? He aquí qué solución proponen las *Instrucciones* para este caso nuevo: es el tercer principio de derecho público que las *Instrucciones* establecen como preliminar de la reconstrucción:

Pero un país conquistado puede no tener soberano, sea porque el que lo era ha renunciado simplemente a su derecho, para él y sus herederos, sin cederlo; sea porque la familia reinante se ha extinguido sin que nadie sea llamado legalmente a reinar después de ella. En una República, en el instante en que es conquistada, el soberano cesa de existir, porque su naturaleza es tal que la libertad es una condición necesaria para su existencia, y que hay una imposibilidad absoluta para que, mientras dure la conquista, aquél sea libre un solo momento.

La cesión por el soberano es entonces imposible.

¿Resulta de ello que, en este caso, el derecho de conquista pueda prolongarse indefinidamente o convertirse por sí mismo en derecho de soberanía? De ninguna manera.

La soberanía es, en la sociedad general de Europa, lo que es la propiedad privada en una sociedad civil particular. Un país o un Estado, bajo la conquista y sin soberano, y una propiedad sin dueño, son bienes vacantes, pero que forman respectivamente, tanto el uno como el otro, parte de un territorio que no está vacante, por consiguiente sometido a la ley de ese territorio, y sin que pueda ser adquirido sino conforme a esta ley, a saber: la propiedad privada, conforme al derecho público del Estado particular en que está situada, y el país o el Estado, conforme al derecho público europeo que es la ley general del territorio que forma el dominio común de Europa. Ahora bien, es uno de los principios de este derecho que la soberanía no puede ser transferida por el mero hecho de la conquista. Por tanto, cuando la cesión por el soberano es imposible, es de toda necesidad que ella sea suplida. Luego, ella no puede serlo sino por la sanción de Europa.

¿Qué significa este pasaje? Que debiendo ser decidida por Europa la suerte de los países sin soberano después

del tratado del 30 de mayo, aquélla llega a ser en las *Instrucciones* lo que nunca había sido hasta entonces: una comunidad casi mística de Estados que, como el Papa y el Emperador en la Edad Media, tienen el poder, reuniéndose en Congreso, de reconocer o de crear el derecho de soberanía. Se trataba de un derecho nuevo, desconocido por el derecho de gentes tradicional. ¿De dónde salía? ¿Cuáles eran sus fuentes, sus fundamentos y sus límites? Las *Instrucciones* no precisan nada, se limitan a agregar a los dos principios precedentes, desde mucho tiempo reconocidos, el derecho superior de Europa, sin justificarlo y definirlo. ¿Un derecho, que era al mismo tiempo nuevo y vago, tendría probabilidad de ser reconocido y aplicado?

Si Talleyrand se hacía ilusiones, ellas no resistieron mucho tiempo en la atmósfera de Viena. El día anterior a su llegada, el 22 de setiembre, los plenipotenciarios de Austria (Metternich), de Gran Bretaña (Lord Castlereagh), de Prusia (Hardenberg y Humboldt), de Rusia (Nesselrode), que lo habían precedido en Viena, habían tomado la siguiente deliberación:

I. — Que las cuatro potencias solas pueden convenir entre ellas sobre la distribución de los poderes (países) en disponibilidad desde la última guerra y la paz de París, pero que las otras dos deben ser admitidas para enunciar su parecer y hacer, si lo juzgan a propósito, sus objeciones, que serán entonces discutidas con ellas.

II. — Que, para no apartarse de esta línea, los plenipotenciarios de las cuatro potencias no entrarán en conferencia con los otros dos sobre este objeto sino a medida que hayan terminado enteramente, y hasta un perfecto acuerdo entre ellos, cada uno de los tres puntos de la distribución territorial del Ducado de Varsovia, de Alemania y de Italia...

...La disposición sobre las provincias conquistadas pertenece, por su misma naturaleza, a las potencias cuyos esfuerzos hicieron su conquista.

El texto es claro y preciso: las cuatro grandes cortes tienen el derecho de disponer de los territorios vacantes por la cesión de Francia, porque ellas los han conquistado. Como la Revolución y Napoleón, ellas niegan el viejo derecho público, y proclaman que la conquista crea la soberanía, ya

que se atribuyen el derecho de transferirla a quien les plazca. La contradicción entre las *Instrucciones* del rey de Francia y la deliberación del 22 de setiembre colocaba bruscamente al Congreso, aún antes de su apertura, entre un pretendido derecho superior de Europa, que nadie había definido ni justificado todavía, y el pseudo-derecho de la fuerza, del cual tanto había abusado la Revolución para romper el equilibrio de Europa que el Congreso debía restablecer. El peligro era inmenso, pues la suerte del Congreso dependía de la solución de un problema preliminar que, tal como estaba planteado por las *Instrucciones* y por la deliberación del 22 de setiembre, podía parecer insoluble.

Las primeras impresiones de Talleyrand fueron tan malas que ya el 25 de setiembre escribió al rey: "En Viena, el lenguaje de la razón y de la moderación aún no se encuentra en boca de los plenipotenciarios...". Su tarea se anunciaba difícil desde el comienzo. Las *Instrucciones* le ordenaban oponerse a los planes polacos de Alejandro y reclamar en Polonia el retorno al *statu quo* anterior a Tilsit: los rusos reclamaban el Vístula y sin discusión; los más apasionados hablaban hasta de tomar Koenigsberg. Las *Instrucciones* le ordenaban defender los derechos del rey de Sajonia: Rusia y Prusia, maquinaban suprimir el reino a la manera de Napoleón. Las *Instrucciones* le ordenaban reclamar la restitución de Nápoles a los Borbones refugiados en Sicilia: Austria e Inglaterra sostenían a Murat, diciéndose ligados por los tratados del 6 y del 11 de enero de 1814. Por esos tratados, en cambio de la alianza, Austria e Inglaterra le habían garantido sus Estados y un aumento de territorio a expensas de los Estados de la Iglesia. (1)

Además, nada estaba pronto para el Congreso, la responsabilidad de lo cual Talleyrand parece atribuirla sobre todo a Metternich. El 29 de setiembre escribía a Luis XVIII:

(1) Cf. Correspondance inédite du prince de Talleyrand et du roi Louis XVIII. París 1881, página 2.

Desgraciadamente, quien está en Austria a la cabeza de los negocios y tiene la pretensión de arreglar los de Europa, mira como la señal más cierta del genio una ligereza que él lleva por un lado hasta el ridículo y por otro hasta un punto en que, en el ministro de un gran Estado y en circunstancias como éstas, llega a ser una calamidad. (1)

Este juicio es tan severo que debía tener una razón más profunda que las incompatibilidades de los temperamentos o el choque de los intereses. Los desarrollos del Congreso van quizá a revelárnosla. Por el momento la esperanza de Talleyrand era Alejandro, su amigo de Erfurt y de París, que había hecho su entrada solemne en Viena con el rey de Prusia el 25 o el 26. Alejandro había hecho saber en seguida a Talleyrand que deseaba verlo; y una audiencia particular había sido fijada para el 1º de octubre. Talleyrand esperaba para el primero de octubre su audiencia más que la apertura del Congreso, que parecía diferida a una fecha hipotética... Y he aquí que la mañana del 30 de setiembre recibió una breve carta de Metternich, que le proponía, en su nombre solo, asistir a las dos horas a una conferencia preliminar, para la cual encontraría *reunidos* en su casa a los ministros de Rusia, de Inglaterra y de Prusia. Agregaba que hacía el mismo pedido al señor de Labrador, ministro de España. Gentz nos dice que el objeto de esta convocación era hacer aceptar por Francia y por España la deliberación del 22 de setiembre. Sondeos habían convencido a Metternich y sus colegas de que las disposiciones de Talleyrand eran favorables (2). Lo que pasó en esta primera reunión, Talleyrand lo ha contado en una larga carta al rey, del cuatro de octubre. Como su relato está confirmado por el informe, verdaderamente espléndido, redactado por Gentz que estaba presente (3), lo reproduzco en su texto integral.

Las palabras *asistir* y *reunidos* estaban visiblemente empleadas de propósito. Respondí que iría con gran placer a su casa con los ministros de Rusia, de Inglaterra, de *España* y de Prusia.

(1) Correspondance inédite, página 9.
(2) Gentz, Dépeches inédites, página 108.
(3) Es el duodécimo de sus despachos inéditos. Confirma en todos sus puntos y completa en algunos el relato de Talleyrand.

La invitación dirigida al señor de Labrador estaba concebida en los mismos términos que la que yo había recibido, con la diferencia de que estaba en forma de esquela en tercera persona, y hecha en nombre del Sr. Metternich y de sus *colegas*.

El señor de Labrador había venido a comunicármela y a consultarme sobre la respuesta a hacer; yo le mostré la mía y él hizo una del todo igual en la que Francia era nombrada *con* y *antes de* las otras potencias. Mezclábamos así de intento, el señor de Labrador y yo, lo que los otros parecían querer separar, y dividíamos lo que ellos aparentaban querer unir por un lazo particular.

Estaba en casa del señor de Metternich antes de las dos, y ya los ministros de las cuatro cortes estaban reunidos en sesión alrededor de una mesa larga: Lord Castlereagh en uno de los extremos y pareciendo presidir; en el otro extremo, un hombre que el señor de Metternich me presentó como el que llevaba la pluma en sus conferencias: era el señor de Gents...

...El embajador de Portugal, el conde de Palmella, informado por Lord Castlereagh de que debía haber conferencias preliminares en las cuales debíamos encontrarnos el señor de Labrador y yo, y a las que él no sería llamado, creyó deber reclamar contra una exclusión que miraba como injusta y como humillante para la corona de Portugal. En consecuencia, había escrito a Lord Castlereagh una carta que éste produjo en la conferencia. Sus razones eran fuertes, ellas estaban bien deducidas. Pedía que las ocho potencias que firmaron el tratado del 30 de mayo, y no solamente seis de esas potencias, formasen la comisión preparatoria que debía poner en actividad el Congreso cuya reunión ellas habían estipulado. Apoyamos esta demanda, el señor de Labrador y yo: se mostraron dispuestos a acceder a ella, pero la decisión fué aplazada para la próxima sesión. Suecia no tiene aún plenipotenciario aquí, y consecuentemente no ha estado todavía en el caso de reclamar.

El objeto de la conferencia de hoy, me dijo Lord Castlereagh, es daros conocimiento de lo que las cuatro cortes han hecho desde que estamos aquí. Y dirigiéndose al señor de Metternich: "Sois vos, le dijo, que tenéis el protocolo". El señor de Metternich me entregó entonces un documento firmado por él, por el conde de Nesselrode, por Lord Castlereagh y por el príncipe de Hardenberg. En este documento la palabra aliados se encontraba en cada párrafo. Yo hice notar esa palabra: dije que ella me ponía en la necesidad de preguntarnos dónde estábamos, si era todavía en Chaumont o en Laon, si la paz no estaba hecha, si había allí querella y contra quién. Todos me respondieron que no atribuían a la palabra aliados un sentido contrario al estado de nuestras relaciones actuales, y que no la habían empleado sino para abreviar. Sobre lo cual hice sentir que, cualquiera fuese el precio de la brevedad, no había que comprarla a expensas de la exactitud.

En cuanto al contenido del protocolo, era un tejido de razonamientos metafísicos destinados a hacer valer pretensiones que se apoyaban todavía en tratados desconocidos de nosotros; discutir esos razonamientos y esas pretensiones, hubiera sido lanzarse a un océano de disputas: sentí que era necesario rechazar el todo con un argumento perentorio: leí varios párrafos y dije: "No comprendo". Los releí pausadamente por segunda vez, con el aire de un hombre que trata de penetrar el sentido de una cosa: y dije que no comprendía más. Agregué: "Hay para mí dos fechas entre las cuales no existe nada: la del 30 de mayo, en que la formación del Congreso fué estipulada, y la del 1º de octubre, en que debe reunirse. Todo lo que se ha hecho en el intervalo me es extraño y no existe para mí". La respuesta de los plenipotenciarios fué que ellos daban poca importancia a ese documento, y que no pedían nada mejor que retirarlo, lo que trajo de parte del señor de Labrador la observación de que sin embargo ellos habían firmado. Lo volvieron a tomar, el señor de Metternich lo puso de lado, y no se trató más. Después de haber abandonado esta pieza produjeron otra. Era un proyecto de declaración que el señor de Labrador y yo debíamos firmar con ellos si la adoptábamos. Después de un largo preámbulo sobre la necesidad de simplificar y de abreviar los trabajos del Congreso, y después de protestas de no querer usurpar los derechos de nadie, el proyecto establecía que los temas a ordenar en el Congreso debían ser divididos en dos series, para cada una de las cuales debía ser formado un comité al que los Estados interesados pudieran dirigirse, y que, habiendo terminado los dos comités todo el trabajo, se reuniría entonces por primera vez el Congreso, a cuya sanción todo sería sometido.

Ese proyecto tenía visiblemente por objeto hacer a las cuatro potencias que se dicen aliadas, dueñas absolutas de todas las operaciones del Congreso, ya que, en la hipótesis de que las seis potencias principales se constituyeran jueces de las cuestiones relativas a la composición del Congreso, a los objetos que deberá reglar, a los procedimientos a seguir para reglarlos, al orden en el cual deberán ser reglados, y nombraran solas y sin contralor los comités que deban preparar todo, Francia y España, aún suponiéndolas siempre de acuerdo en todas las cuestiones, nunca serían más que dos contra cuatro.

Yo declaré que una primera lectura no bastaba para formarse opinión sobre un proyecto de esa naturaleza; que tenía necesidad de ser meditado, que era preciso ante todo asegurarse de si era compatible con derechos que todos teníamos la intención de respetar; que habíamos venido para garantir los derechos de cada uno y que sería demasiado infeliz que empezásemos por violarlos; que la idea de arreglar todo antes de reunir el Congreso era para mí una idea nueva; que se proponía terminar por donde yo había creido que era necesario comenzar; que tal vez el poder que se proponía atribuir a las seis potencias no podía serles

dado sino por el Congreso; que había medidas que ministros sin responsabilidad podían fácilmente adoptar, pero que Lord Castlereagh y yo estábamos en un caso completamente diferente. Aquí Lord Castlereagh dijo que todas las reflexiones que yo hacía le habían venido al espíritu; que sentía bien su fuerza; pero, agregó, ¿qué otro expediente encontrar para no lanzarse en inextricables lentitudes? Yo pregunté por qué desde el momento no se reunía el Congreso, qué dificultades se encontraría en ello. Cada uno entonces presentó la suya: se siguió una conversación general. Habiéndosele ocurrido a alguien el nombre del Rey de Nápoles, el señor de Labrador se expresó sobre él sin miramientos. En cuanto a mí, me contenté con decir: "¿De qué Rey de Nápoles se habla? No conocemos al hombre de que se trata". Y acerca de lo que el señor Humboldt había señalado, que algunas potencias lo habían reconocido y le habían garantido sus Estados, yo dije con un tono firme y frío: "Quienes se los han garantido no lo han debido y por consiguiente no lo han podido". Y para no prolongar demasiado el efecto que ese lenguaje verdaderamente y visiblemente produjo, agregué: "Pero no es de eso que se trata ahora". Luego, volviendo a la cuestión del Congreso, yo dije que las dificultades que parecía temerse serían quizá menores de lo que se había creído, que era preciso buscar y que se encontraría seguramente el medio de obviarlas. El príncipe de Hardenberg anunció que él no adhería a tal expediente más que a otro, pero que era menester uno por el cual los príncipes de la Leyen y de Lichtenstein no tuvieran que intervenir en los arreglos generales de Europa. Con esto, se citó para tres días después, luego de haber prometido enviarme, así como al señor de Labrador, copias del proyecto de declaración y de la carta del conde de Palmella.

El primer contacto se había transformado en un choque casi violento entre las *Instrucciones* del rey de Francia y la deliberación del 22 de setiembre. Lo que sorprende más en ese primer choque es la debilidad de las cuatro grandes cortes. Son victoriosas, ocupan con sus ejércitos toda Europa... a la primera objeción retiran su primera nota y sacan una segunda más modesta; no siendo aceptada tampoco ésta, remiten todo al 2 de octubre. Talleyrand sintió tan bien esa debilidad que inmediatamente pasó a la ofensiva. El 1º de octubre, en lugar de esperar la reunión fijada para el día siguiente, envió una nota a los ministros de las cinco potencias, en la cual sostuvo que sólo el Congreso tenía poder para decidir la cuestión: las ocho potencias signatarias del tratado del 30 de mayo estaban calificadas solamente para actuar como una comisión encargada de preparar las cuestiones que el Congreso debía decidir y de proponer la formación de los comités que se hubiera juzgado conveniente establecer (1). El pseudo-derecho de la fuerza era negado enérgicamente, el derecho superior de Europa refirmado, pero sin agregar ninguna justificación. Después de lo cual fué a la audiencia que el Emperador le había fijado. He aquí el relato de esta conversación histórica que él mismo envió al rey.

...Al abordarme, me tomó la mano; pero su aire no era afectuoso como de ordinario; su palabra era breve, su actitud grave y tal vez un poco solemne. Vi claramente que iba a representar un papel. "Ante todo, me dijo, ¿cómo es la situación de vuestro país? — Tan bien como Vuestra Majestad pudo desearlo, y mejor de lo que se hubiera osado esperar. — ¿El espíritu público? — Mejora cada día. — ¿Las ideas liberales? — En ninguna parte las hay más que en Francia. — ¿Pero la libertad de prensa? — Está restablecida excepto algunas restricciones impuestas por las circunstancias; ellas cesarán dentro de dos años, y no impedirán que hasta entonces todo lo que es bueno y todo lo que es útil sea publicado. — ¿Y el ejército? — Pertenece enteramente al rey. Ciento treinta mil hombres están bajo banderas, y al primer llamado, trescientos mil podrían unírseles. — ¿Los mariscales? — ¿Cuáles, Sire? — ¿Oudinot? — Está consagrado al rey. — ¿Soult? — Estuvo al principio un poco incomodado; se le dió el gobierno de la Vendée, se conduce allí a maravilla; se hace amar y considerar. — ¿Y Ney? — Echa un poco de menos sus dotaciones; Vuestra Majestad podría disminuir ese pesar. — ¿Las dos Cámaras? ¿Me parece que hay en ellas oposición? — Como en todas partes donde hay asambleas deliberantes: las opiniones pueden diferir, pero los sentimientos son unánimes; y en la diferencia de opiniones la del gobierno tiene siempre una gran mayoría. — ¿Pero no hay acuerdo? — ¿Quien ha podido decir tales cosas a Vuestra Majestad? Cuando después de veinticinco años de revolución, el rey se encuentra en algunos meses tan bien establecido como si nunca hubiera abandonado Francia, ¿qué prueba más cierta puede tenerse de que todo marcha hacia un mismo fin? — ¿Vuestra posición personal? — La confianza y las bondades del rey exceden a mis esperanzas. — Ahora hablemos de nuestros asuntos; es necesario que las terminemos aquí. — Eso depende de Vuestra

(1) Correspondance inédite, página 17.

Majestad. Terminarán prontamente y felizmente, si Vuestra Majestad pone en ello la misma nobleza y la misma grandeza de alma que en los de Francia. — Pero es preciso que cada uno encuentre sus conveniencias. — Y cada uno sus derechos. — Yo conservaré lo que ocupo. — Vuestra Majestad no querrá conservar sino lo que le pertenezca legítimamente. — Estoy de acuerdo con las grandes potencias. — Ignoro si Vuestra Majestad cuenta a Francia en el rango de esas potencias. — Sí, seguramente; pero si no queréis que cada uno halle sus conveniencias ¿qué pretendéis? — Yo pongo el derecho primero y las conveniencias después. — Las conveniencias son el derecho. — Ese lenguaje, Sire, no es el vuestro; os es extraño, y vuestro corazón lo contradice. — No; lo repito, las conveniencias son el derecho." Me volví entonces hacia el friso cerca del cual estaba; apoyé en él mi cabeza y golpeando la madera, exclamé: "¡Europa! ¡desgraciada Europa!" Volviéndome del lado del Emperador: "Se dirá, le pregunté, que la habéis perdido?" El me respondió: "Antes la guerra que renunciar a lo que ocupo." Dejé caer mis brazos, y en la actitud de un hombre afligido, pero decidido, que tenía el aire de decirle: "La culpa no será nuestra", guardé silencio. El emperador estuvo algunos instantes sin romperlo, después repitió: "Sí, antes la guerra". Yo conservé la misma actitud. Entonces, levantando las manos y agitándolas como nunca lo había visto hacer, y de una manera que me recordó el pasaje que termina el *Elogio de Marco Aurelio*, gritó más bien que dijo: "He aquí la hora del espectáculo, debo ir, lo he prometido al emperador, me esperan". Y se alejó; luego, abierta la puerta, volviendo a mí, me tomó el cuerpo con sus dos manos, me lo estrechó diciendo con una voz que no era más la suya: "Adiós, adiós, volveremos a vernos". En toda esta conversación, de la que no he podido dar a Vuestra Majestad sino la parte más saliente, Polonia y Sajonia no fueron nombradas una sola vez, sino solamente indicadas por circunlocuciones; es así como el emperador quería designar a Sajonia, diciendo: *"Los que traicionaron la causa de Europa."* A lo cual estuve en el caso de decir: *"Sire, eso es una cuestión de fecha;* y después de una ligera pausa pude agregar: *"y el efecto de las dificultades a las cuales uno ha podido ser arrojado por las circunstancias".*

"Las conveniencias son el derecho: por uno de sus virajes habituales, el desequilibrado genial a quien el destino había confiado Rusia había vuelto a ser un campeón del pseudo-derecho de la conquista, el hombre de Tilsit, el aliado, y el imitador de Napoleón, el soberano futurista, a quien la Revolución había deslumbrado con sus abusos de la fuerza. Talleyrand no podía contar más con él. "Vuestra Majestad ve que nuestra posición aquí es difícil; ella puede llegar a serlo más cada día", tal es la conclusión del largo relato de su audiencia al rey. ¿Era preciso trastrocar su juego; y después de haber hecho la paz en París arrastrando a Prusia, Inglaterra y Austria por Rusia, resistir en Viena a Prusia y Rusia apoyándose sobre Inglaterra y sobre Austria? La discordia entre Rusia y Austria por los asuntos polacos era profunda, y podía envenenarse. Un raro incidente, sobrevenido justamente el 30 de setiembre, era un signo que no podía escapar a ojos perspicaces. ¿De qué se hablaba en Viena, en todos los salones, el 1º de octubre? ¿De la discusión borrascosa del día precedente? ¿De la conversación entre el Zar y Talleyrand? No, no se hablaba sino de la visita nocturna hecha por el Zar a la princesa Bagracio. Según los informes secretos de la policía, el Zar había ido a su casa la noche del 30, después de haber conversado con Talleyrand, y había sido recibido por ella sola, en su habitación y en "negligé". La visita había durado tres horas. *Honni soit qui mal y pense*, con esta frase clásica termina el informe secreto de la policía sobre la cita(1). La princesa Bagracio era una muy linda mujer que había sido en Dresde la querida de Metternich. Este la había dejado por la duquesa de Sagan. Ambas, la princesa y la duquesa se encontraban en Viena, donde la duquesa de Sagan representaba el papel de la Mesalina del Congreso, tan grande era el número de sus amantes y la facilidad con que los cambiaba. Entre sus amantes, Metternich estaba en primera línea, a título permanente, pero con la obligación de tolerar los frecuentes caprichos de la bella duquesa. Metternich se resignaba y la duquesa sacaba de ello cierta influencia política, que ponía furiosa a la princesa. Esta, por fin, el 30 de setiembre había tenido su desquite poniendo la mano sobre el Zar; y ese pequeño incidente de la crónica galante del Congreso había tomado las proporciones casi de un acontecimiento político. Los enemigos de Metternich, los polacos y sus amigos se regocijaban: si el salón de la duque-

(1) Weill, n. 232, 233.

sa era el cuartel general del partido antipolaco, el boudoir de la princesa llegaría a ser el fortín del partido ruso! Los ambientes austríacos no ocultaban algunas aprensiones: se decía que Metternich había escrito en tiempo de sus amores muchas cartas a la Bagracio: ¿se sabe nunca qué imprudencias puede cometer un diplomático cuando galantea a una mujer por correspondencia?

Polonia se vengaba malquistando a los aliados; y Francia podía beneficiarse de ello. Pero un acuerdo entre Francia, Inglaterra y Austria contra Rusia y Prusia no era fácil. Resuelta en Polonia, Inglaterra no se decidía en Sajonia y en Nápoles. La Corte de Viena quería resistir a Rusia y a Prusia; pero quería dar Nápoles a Murat. Y la cuestión preliminar, de la que todo dependía: ¿quién tenía el derecho de conferir la soberanía sobre los territorios vacantes? Sobre esta cuestión, Talleyrand estaba solo; a Metternich le faltaba valor; Castlereagh no comprendía. Por el momento no le quedaba más que esperar el efecto de su nota. Los prusianos y los rusos se habían disgustado y habían acusado a Francia de codiciar la orilla izquierda del Rhin, y de querer la guerra. Sin ir tan lejos, Castlereagh se había quejado de que Talleyrand, por su nota, hubiese dado un carácter oficial a una conferencia confidencial. La noche del 4 de octubre, Metternich remitió a Talleyrand, en el salón de la bella duquesa de Sagan, un nuevo proyecto de declaración redactado por Lord Castlereagh. El nuevo proyecto sostenía que las proposiciones de las cuatro cortes no era más que una consecuencia del primer artículo secreto del tratado del 30 de mayo (1). El 5, Talleyrand le respondió por una larga carta en la cual se lee:

Que las potencias signatarias del tratado del 30 de mayo de 1814 formen un comité de proposiciones; nada mejor, con tal de que las atribuciones de ese comité estén contenidas en los justos límites; que se formen comités para preparar los trabajos, nada más conveniente,

(1) Correspondance inédite, páginas 26, 27.

y hasta en vez de dos, yo desearía tres, uno para los asuntos de Italia, un segundo para la distribución de los territorios en Alemania, y un tercero para su constitución federal.

Pero me parece siempre necesario que esos comités no sean nombrados sino por consentimiento del congreso. No se ama tanto la ley en Inglaterra y no se la respeta tanto, sino porque es el país que la ha hecho.

Sería de muy otro modo si le fuese dictada. De la misma manera, Europa no se mantendrá en los arreglos que se hagan, y esos arreglos no serán durables sino en cuanto sean el resultado de la voluntad general.

Es lo que se obtendrá del modo que he propuesto en vez que, si las potencias signatarias del tratado de 30 de mayo dispusieran todo, y decidieran todo de antemano, y no dejaran al congreso otra cosa por hacer que aprobar, no se dejaría de pretender que, entre esas potencias había cuatro que, por su unión, formaban una mayoría constante, lo que les había dado una autoridad absoluta en la comisión preparatoria, y que, por su influencia individual y colectiva, habían forzado luego la aprobación del congreso, de modo que era su voluntad particular sola la que había llegado a ser la ley de Europa. Se os acusaría seguramente, sin razón, de haberlo querido; se nos acusaría, a nosotros, de haber dado para ello las manos; y Europa, que debe ser constituída de una manera durable, no lo estaría.

El derecho superior de Europa sobre los territorios vacantes, aún tan vago en las *Instrucciones* comienza a precisarse y a justificarse en esta carta. Se precisa y se justifica como una necesidad del equilibrio europeo, que todo el mundo quería restablecer. En sustancia, he aquí el pensamiento de Talleyrand: Europa es un sistema de Estados, que tienen necesidad de vivir entre sí en cierta relación de equilibrio. Pero esos Estados son seres vivientes, sometidos a necesidades vitales. El equilibrio entre esos seres vivientes, no puede ser impuesto de fuera por la fuerza de un Estado o de un grupo de Estados, más poderosos, según su voluntad arbitraria: debe responder a la naturaleza de las cosas — o si preferís, a las necesidades vitales profundas de todos los Estados. Es para no equivocarse sobre esas necesidades vitales profundas, que es preciso hacer concurrir a toda Europa al establecimiento del nuevo equilibrio....

Vista profunda y verdadera; el Congreso no cumplirá obra útil sino en la medida en que la aplique.

El mismo día, el 5, los seis plenipotenciarios se reunieron de nuevo. Castlereagh comunicó la carta que Talleyrand le había escrito: se pidió a Talleyrand, que rehusó, retirar su nota; se discutió largamente, y se encaró un aplazamiento del Congreso. Al fin, Talleyrand declaró que pues nada estaba pronto, él no se opondría al aplazamiento del Congreso por dos o tres semanas, pero a condición de que el Congreso fuera convocado para un día fijo, y que la nota de convocación establecería la regla de la admisión. Hasta escribió la regla según las *Instrucciones*: ella hubiera excluído del Congreso a los representantes de Murat. No se resolvió nada y la conferencia se evaporó más bien que terminó (1). A la salida, Talleyrand tuvo una conversación con Castlereagh, que cuenta así:

Lord Castlereagh, que había quedado de los últimos y con quien yo bajaba la escalera, trató de volverme a su opinión, haciéndome entender que ciertos asuntos que más debían interesar a la corte, podrían arreglarse a mi satisfacción. "No es cuestión ahora, le dije, de tales o cuales objetos particulares, sino del derecho que debe servir para disponerlos todos. Si el hilo se rompe una vez, ¿cómo lo reanudaremos? Debemos responder al deseo de Europa. ¿Qué habremos hecho por ella si no hemos restablecido con honor las máximas cuyo olvido ha causado sus males? La época presente es una de las que se encuentran apenas una vez en el curso de varios siglos. Una ocasión mejor no podía ofrecérsenos. ¿Por qué no ponernos en una posición que responda a ella? — Ah! me dijo con cierto embarazo, es que hay dificultades que no conocéis. — No, no las conozco", le respondí con el tono de un hombre que no tenía ninguna curiosidad por conocerlas.

¿Conveniencias? ¿Intereses? Talleyrand aleja el objeto habitual de los regateos diplomáticos, se esfuerza en conducir todos los asuntos a algunas cuestiones de derecho simples y claras. Dos días pasaron sin conferencia: el primer día todo el mundo fué invitado a una gran fiesta, el segundo

(1) Correspondance inédite, páginas 29, 30.

día fueron a cazar. ¡Era necesario divertirse un poco! El 8 de octubre, Talleyrand recibió una esquela de Metternich que le anunciaba una conferencia dentro de ocho días y le rogaba pasar por su casa un poco antes, porque tenía que conversar de temas muy importantes. He aquí lo que pasó entre ambos ministros, según el relato que al día siguiente Talleyrand hizo al rey:

Estaba en su casa a las siete: su puerta se abrió para mí inmediatamente: me habló primero de un proyecto de declaración que había hecho redactar, que difería, me dijo, un poco del mío, pero que se aproximaba mucho y del cual esperaba que yo estaría satisfecho. Se lo pedí; no lo tenía. Probablemente, le dije, está en circulación entre los aliados. No habléis más de aliados, replicó; no los hay más.

En este momento Talleyrand aprovecha la ocasión para atraerse un entendimiento con Austria, a pesar de la desconfianza que el canciller le inspira. Metternich le ha dicho que en Viena no hay más aliados; Talleyrand responde:

Hay aquí gentes que deberían serlo en el sentido de que, aún sin concertarse, debieran pensar de la misma manera y querer las mismas cosas. ¿Cómo tenéis valor de colocar a Rusia como una cintura alrededor completamente de vuestras principales y más importantes posesiones, Hungría y Bohemia? ¿Cómo podéis tolerar que el patrimonio de un antiguo y buen vecino, en cuya familia está casada una archiduquesa, sea dado a vuestro enemigo natural? Es extraño que seamos nosotros quienes queramos oponernos a ello, y que seáis vos que no lo queráis". Me dijo que yo no tenía confianza en él: yo respondo que no me había dado muchos motivos para tenerla, y le recordé algunas circunstancias en que él no me había cumplido su palabra. "Y luego, agregué, cómo tomar confianza de un hombre que, para los que están más dispuestos a hacer de su asunto uno de los suyos, es todo misterio? Por mi parte, no lo hago, no tengo necesidad de ello: es la ventaja de los que no negocian sino con principios. He aquí, proseguí, papel y plumas; ¿queréis escribir que Francia no pide nada, y aún no aceptaría nada? estoy pronto para firmar. — Pero tenéis, me dijo, el asunto de Nápoles que es propiamente vuestro." Respondí: "Mío no más que de todo el mundo. No es para mí sino un asunto de principio, yo pido que el que tenga derecho a estar en Nápoles esté en Nápoles, y nada más. Pues, es lo que todo el mundo debe querer como yo. Que se sigan los principios, y me encontrarán fácil para todo. Voy a deciros fran-

camente en qué puedo consentir y en qué no consentiré jamás. Siento que el rey de Sajonia, en la posición actual, puede ser obligado a sacrificios; supongo que estará dispuesto a hacerlos porque es prudente; pero si se quiere despojarlo de todos sus Estados y dar el reino de Sajonia a Prusia, no consentiré jamás. Tampoco consentiré nunca en que Luxemburgo y Maguncia sean dadas a Prusia. No más consentiré el que Rusia pase el Vístula, tenga en Europa cuarenta y cuatro millones de súbditos y sus fronteras en el Oder. Pero si Luxemburgo es dado a Holanda y Maguncia a Baviera, si el rey y el reino de Sajonia son conservados, y si Rusia no pasa el Vístula, no tendré objeción que hacer en cuanto a esa parte de Europa". El señor de Metternich me tomó entonces la mano diciéndome: "Estamos mucho menos alejados de lo que pensáis; os prometo que Prusia no tendrá ni Luxemburgo ni Maguncia; no más que vos deseamos que Rusia se extienda desmedidamente; y en cuanto a Sajonia haremos lo que esté en nosotros para conservar al menos una parte". No era sino para conocer sus disposiciones relativamente a esos diversos temas que le había hablado como lo había hecho. Volviendo luego a la conversación del Congreso, insistió sobre la necesidad de no publicar en ese momento la regla de admisión que yo había propuesto porque, decía, asusta a todos y a mí mismo me inquieta al presente, atento a que Murat viendo a su plenipotenciario excluído, creerá decidido su asunto, y a que no se sabe lo que su cabeza puede hacerle hacer: pues está preparado en Italia y nosotros no lo estamos.

Una vez todavía Talleyrand se esfuerza en transportar la discusión al terreno de los principios, rechazando a segunda línea los intereses y las conveniencias. Después de esta conversación particular, los dos ministros fueron a la conferencia. Metternich dió lectura a los dos proyectos —el de Talleyrand y el suyo —sobre la convocación del Congreso: la única diferencia entre los dos era que Talleyrand fijaba la norma de la admisión y la fijaba de manera de excluir a Murat; Metternich se limitaba a diferir la apertura del Congreso al 1º de noviembre, sin agregar nada. No quería ni aceptar la norma de Talleyrand que excluía a Murat, ni proponer otra que lo admitiera. Los prusianos, Nesselrode, Castlereagh, el ministro de Suecia que asistía a las conferencias por primera vez, se declararon por el proyecto de Metternich "porque no prejuzgaba nada". He aquí lo que pasó entonces:

No se hacía pues, más que postergar la dificultad sin resolverla; pero como las antiguas pretensiones estaban abandonadas, como no era ya cuestión de hacer reglar todo por las ocho potencias no dejando al Congreso sino la facultad de aprobar; como no se hablaba sino de preparar por comunicaciones libres y confidenciales con los ministros de las otras potencias las cuestiones sobre las cuales debería pronunciarse el Congreso, creí que un acto de complacencia que no comportaría ningún menoscabo a los principios, podría ser útil al adelanto de los asuntos, y declaré que consentía en la adopción del proyecto, pero bajo la condición de que en el lugar donde se decía que la apertura formal del Congreso sería aplazada para el primero de noviembre, se agregaría: *y será hecha conforme a los principios del derecho público*. Ante estas palabras se levantó un tumulto del que sólo difícilmente podría formarse idea. El señor de Hardenberg, de pie, los puños sobre la mesa, casi amenazador y gritando como es común en los que están afectados de la misma enfermedad que él, profería estas palabras entrecortadas: "No, señor; ¿el derecho público? Es inútil. Para qué decir que procederemos según el derecho público? eso se sobreentiende." Yo le respondí que si ello se entendía bien sin decirlo, se entendería todavía mejor diciéndolo. El señor de Humboldt gritaba: "¿Qué hace aquí el derecho público?" A lo cual yo respondí: "El hace que estéis aquí."

La discusión fué larga y borrascosa; por fin, después también de la intervención de Gentz, se acabó por aprobar la frase de Talleyrand. Pero ¿dónde colocar la frase? Una nueva discusión comenzó. Al fin se estuvo de acuerdo y la declaración siguiente fué firmada por todos los plenipotenciarios!

Los plenipotenciarios de las cortes que firmaron el tratado de paz de París del 30 de mayo de 1814 han tomado en consideración el artículo 32 de ese tratado, por el cual se dice que todas las potencias empeñadas de una parte y otra en la última guerra, enviarán plenipotenciarios a Viena, para determinar en un Congreso general los arreglos que deben completar las disposiciones de dicho tratado; y después de haber reflexionado maduramente sobre la situación en la cual se encuentran colocados, y sobre los deberes que les son impuestos, han reconocido que ellos no podrían cumplirlos mejor, que estableciendo primero comunicaciones libres y confidenciales entre los plenipotenciarios de todas las potencias. Pero al mismo tiempo se han convencido de que interesa a todas las partes intervinientes suspender la reunión general de sus plenipotenciarios hasta la época en que las cuestiones sobre las cua-

les se deberá pronunciar, hayan llegado a un grado de madurez suficiente para que el resultado responda a los principios del derecho público, a las estipulaciones del tratado de París, y a la justa atención de los contemporáneos. La apertura formal del Congreso, será pues aplazada al primero del mes de noviembre, y los sobredichos plenipotenciarios se alaban de que el trabajo a que está consagrado ese plazo, fijando las ideas y conciliando las opiniones, adelantará esencialmente la gran obra que es el objeto de su misión.

Algunos días más tarde, Talleyrand escribirá al Departamento: "Se pretende que hemos obtenido una victoria por haber hecho introducir la expresión derecho público. Esta opinión debe daros la medida del espíritu que anima al Congreso". Atacado por sorpresa había ganado, en efecto, su primera batalla; pero la había ganado sobre un plano diferente de aquel en que sus adversarios la habían empeñado. Extraviados un instante por la ilusión revolucionaria del derecho de la fuerza, las cuatro grandes cortes habían acabado por imaginarse que hasta podrían transferir la soberanía que ellas no poseían; e inmediatamente habían comenzado a dividirse por Polonia y Sajonia. Librada a sí misma, desbridada de toda regla y principio, la fuerza se fragmenta en voluntades discordantes, tan numerosas e inconciliables como las pasiones, los intereses o los delirios que la activan. En presencia de esas discordias ¿qué habría hecho un diplomático? Habría tratado de sacar provecho de ellas. Siendo un gran constructor, Talleyrand fué a la raíz de la discordia y de la ilusión que la provocaba; y opuso a los extravíos napoleónicos de sus adversarios, no intrigas o regateos, sino la doctrina del derecho público. Esta doctrina puede ser traducida así en el lenguaje moderno:

"Antes de la Revolución, se llamaba derecho público a un cuerpo de reglas y de principios que canalizaban la acción, en paz y en guerra de los estados europeos, haciendo posible prever su dirección. Cada Estado sabía bajo qué condiciones y en qué medida debía temer la guerra y podía restablecer la paz si la guerra estallaba, porque él respetaba esas reglas y suponía que todos los otros Estados las respetarían. Sólo el respeto de esas reglas y principios hacía posible antes cierta confianza entre los Estados y por consiguiente cierto orden y cierto equilibrio de Europa, no siendo el equilibrio más que la proyección en sus relaciones exteriores de la confianza que los Estados tienen unos en otros. Entre esas reglas y principios, el principio de que la conquista, sin cesión del soberano, no crea la soberanía, era antes de la Revolución la piedra angular de la paz de Europa. Enloquecida por el miedo, la Revolución la rompió; suprimido ese principio, el gran miedo comenzó; la confianza ha desaparecido, el equilibrio y el orden se han vuelto imposibles; el mundo ha entrado en el círculo infernal del miedo que provoca los abusos de la fuerza, abusos de la fuerza que exasperan el miedo. No se romperá ese círculo infernal sino restableciendo el derecho público. Por esta razón es preciso conservar el reino de Sajonia y devolver Nápoles a los Borbones. Suprimiendo el reino de Sajonia y dejando a Murat en Nápoles se haría "napoleonismo", se reemplazaría por la ley de la espada el principio de que la conquista sola no crea la soberanía. Europa es un sistema donde todo se sostiene; violado ese principio vital sobre dos puntos, no tendría más ningún valor en ninguna otra parte; Europa recaería en el círculo infernal...".

Es esta idea subyacente la que reúne en una verdadera doctrina —la doctrina del derecho público— la discusión con el emperador Alejandro, la carta a Castlereagh del 5 de octubre, las palabras cambiadas el mismo día en la escalera con el plenipotenciario inglés, la larga conversación con Metternich del 8 de octubre, y la vigorosa actitud en la conferencia que siguió a la conversación de los dos ministros. Una doctrina simple, clara, coherente; que, velada por la movilidad ocasional de una discusión diplomática, se revela sucesivamente por fragmentos. Una doctrina que salía de las profundidades vivientes de la historia de Europa, después de la fundación de los grandes Estados. Una doctrina que era el complemento y la transposición sobre el plano internacional de la doctrina de la legitimidad del poder.

Sólo estados legítimos podían tener el valor y la clarividencia necesarios para respetar las reglas del derecho público; sólo el respeto del derecho público podía exorcizar el gran miedo, devolver la confianza, asegurar un equilibrio de paz aceptable por los grandes y los pequeños Estados: la paz y el orden de Europa estaban pues condicionados por la legitimidad del poder en cada Estado. Si la doctrina coincidía con ciertos intereses franceses, aún mayor era el mérito del hombre de Estado, del gran filósofo de la política que combinando la doctrina de la legitimidad y la doctrina del derecho público, había logrado, al fin de la primera semana del Congreso, plantear el problema de Europa de la única manera que hacía posible su solución y que será siempre la única manera de plantearlo mientras se trate de libertar a Europa del gran miedo, provocado por las guerras desregladas y las revoluciones.

El gran resultado conseguido la noche del 8 de octubre era que el Congreso no podría escapar ya a las tenazas dialécticas de esas dos doctrinas, que fundaban en una unidad viviente el derecho y la política y que no era sino una forma superior del espíritu constructivo, creador y guardián de las reglas que canalizan la locura humana. Ahora Talleyrand podía afrontar a Alejandro y a Metternich, el adversario declarado y el adversario enmascarado. Pues Metternich estaba dispuesto a servirse de esta filosofía política, en la medida en que lo ayudara a defender los intereses de la casa de Austria; pero desconfiaba de ella, como de todos los principios, incluído el principio monárquico. Es la razón, probablemente, por la cual había hecho tan mala impresión a Talleyrand desde el comienzo. Leo ha dicho que los principios nos guían como rieles: gracias a ellos se puede avanzar sin mirar (1). Pero si ellos nos guían y permiten avanzar sin mirar, nos impiden cambiar de dirección a capricho. Oportunista y realista, lleno de miedo, Metternich temía

(1) Leo Ferrero, Des expéditions, página 171.

como el supremo peligro esa necesidad de avanzar sin poder cambiar de dirección. El poder le parecía sobre todo la facultad de cambiar de dirección cada vez que el interés, tal como él lo concebía, lo exigiese. Era un realista y, por consiguiente, no comprendía nada de la realidad: una especie, bien conocida en otras épocas.

Guglielmo Ferrero

(Traducción del francés hecha por E. Petit Muñoz sobre pruebas de galera remitidas por la señora Gina Lombroso a nuestra colega Profesora Luce Fabbri y destinada por ésta para "Ensayos". Estas pruebas correspondían a la "Revue de France" en cuyo número de octubre aparecerá el capítulo que aquí publicamos, y como se hallaban sin corregir, la presente traducción adquiere por ello un carácter provisional).

LA LUCHA CONTRA EL PRINCIPIO DE LA FORMA

George Simmel (1), que creía haber descubierto la raíz del conflicto porque atraviesa la moderna cultura, explicaba la inquietud de nuestro tiempo por el hecho de que las formas antiguas no correspondían más a nuestras necesidades interiores; pues, en cuanto la vida, dice, sobrepasando lo puramente natural progresa hasta el espíritu y éste hasta el estadio cultural, manifiesta un contraste cuyo desarrollo condiciona todo el proceso objetivo del saber. El movimiento creador de la vida —su expansión— produce formas en las que encuentra su exteriorización y que aceptan entre sí las ondas de aquélla, como ocurre con las constituciones sociales, las obras de arte y los conocimientos científicos. Son estos, todos productos de los procesos vitales, y traen desde el momento de su nacimiento un contenido propio y fijo que nada tiene que ver con el ritmo inquieto de la vida, con su ascenso y su descenso, su continua renovación, sus incesantes oposiciones y concordancias, y son aquéllos como cristalizaciones de la vida creadora en las cuales los nuevos procesos no tienen albergue, de donde originen sus resistencias frente a la dinámica espiritual que los creó, tanto que, si en el momento de su creación corresponden a la vida, en su ulterior desarrollo llegan a una extrañez rígida y a una oposición que constituye el ambiente y el fondo de las más angustiosas luchas espirituales.

Y así lucha la vida con los propios contenidos que no pueden acompasarse a su ritmo; pero como sólo puede encontrar *su* existencia expresada en alguna forma, este proceso se presenta como un caso radical de suplantación *de la*

(1) **George Simmel**: El conflicto de la cultura moderna.

forma vieja por una nueva forma. El cambio de los contenidos de la cultura —de todos los estilos de la cultura— es la señal, el éxito de la inmensa fecundidad de la vida, pero expresa también la contradicción en que consiste su eterno llegar a ser y cambio, frente a la validez objetiva y a la autoafirmación de sus representaciones, en o por las cuales vive. Y así se mueve siempre entre un morir y llegar a ser y un llegar a ser y morir. Caracterización genérica del proceso general de la cultura, que adquiere una expresión especial en nuestros días, en que el conflicto se ha ahondado más y en el que la vida no sólo se pone en oposición por una lucha determinada de la forma de hoy contra la forma de ayer, *sino* contra la forma en general, *contra el principio mismo de la forma.* Advertimos el lento declinar de las formas tradicionales, y un ansia positiva de vida aparta estas formas; pero por su amplitud y anchura no llega entonces el proceso a una concentración que cree una nueva forma, de donde el que haga de la necesidad un principio y luche contra la forma, *simplemente porque es forma.* Lo que diferencia fundamentalmente nuestra época de las que le han precedido, es precisamente el que a aquéllas fué posible el desarrollo de los procesos vitales y nuevos métodos de cultura en cierto modo predeterminados. Falta a nuestra cultura el concepto central del cual provienen los movimientos espirituales y desde cuyo centro de visión pueden advertirse sus ramificaciones y divertificaciones. De ahí los conflictos, direcciones y tragedias de la vida moderna, sus tenacísimas luchas. Ahora tenemos como último móvil de los desarrollos —en la más reciente cultura— la aversión contra *el principio de la forma en general.* Vivimos todos bajo la ausencia de un ideal unificador de la cultura, y la heterogeneidad de los procesos, pone una larga distancia entre el momento que vivimos y los anteriores. Y es la falta de correspondencia, entre nuestras necesidades interiores y la vida, lo que provoca que se manifieste un contraste, que trate de vencer expresando y agotando su contenido, hasta el límite en que crea una forma que la contiene, un remanso que la apacigua y aquieta.

Con gran lucidez muestra Simmel la manera de expresarse el conflicto en los desarrollos económicos, en los fenómenos artísticos, en los más recientes movimientos filosóficos —pragmatismo—, en la nueva ética de las relaciones sexuales y en la religión.

Muy profundos son sus desenvolvimientos, y así no hemos podido establecer si estas notas corroboran su estudio o lo contradicen (podrían ir en otro sentido). Por momentos se tiene la sensación de que sus investigaciones se refieren exclusivamente a la cultura considerada en su mera proyección histórica, y en cuanto reveladora de la vida encerrada en un límite hostil; es decir que George Simmel concreta sus indagaciones *a la cultura* que puede tener forma —o la ha tenido— y circunscribe su análisis *a una vida* que lucha por vencerla. Y solamente ese tipo de conflicto es encarado por él, allí donde nos parece que hay todavía *más* conflicto. Tal vez parta demasiado Simmel del supuesto de que vida y forma son siempre conceptos antagónicos, y de que cesa el conflicto, cuando puede crearse una *forma nueva* que lo aquiete. Entretanto, cabría preguntarse si no será más profunda la raíz, si el conflicto no provendrá de que hay, además, *vida que excede a toda forma* (1); no sólo lucha contra el principio general de la forma, por ser mucho el espesor material de la forma — sino, también, *porque haya vida puramente espiritual* (2), sin correspondencia *actual* con las formas imperantes en el campo de la historia. Y así, vendría de ello la mayor hondura del conflicto, ocurriendo siempre en la historia e inexplicablemente, trascendiéndola. Pero, Simmel, prudentemente, se detiene y razona *con la parte* de vida que se objetiva, como si fuera su única posibilidad. La afirmación de que todo ocurre entre un llegar a ser y morir y morir y llegar a ser, deriva de una indagación circunscripta al proceso histórico objetivado, fijado en la forma, manifiesto. Sin olvidar que la noción de la forma —nada digamos de la de vida— es muy oscura para

(1) En un sentido más profundo sería esa la opinión de Simmel.

(2) No pensamos ahora su distinción metafísica. Acaso la oscuridad del tema se da en el pasaje de lo vital a lo espiritual.

fundamentar un conflicto tan hondo. El establecer oposición entre los límites formales y la vida, acaso sea un *decreto* de la inteligencia, que escinde un proceso unitario en un dualismo (vida-forma), más siempre queda como inexplicable el que un proceso vital dinámico se aquiete en una forma, definido. Imposible evitar la propensión de avance hacia la metafísica, que Simmel rehuye.

Pero muy oscuras son todas esas nociones para servir de esquemas explicativos de procesos de tan difícil determinación. Sin pensar en que, esa manera de plantear el problema —hostilidad *vida-forma*— deja al margen el caso de la continuidad de los valores, la posibilidad de que ciertas formas —en el sentido de Simmel— operen su influjo estableciendo entre los procesos alguna continuidad; de modo que no puede hablarse de que las formas creadas por la vida se escinden de ésta y lleguen a constelarse con independencia del proceso que las originara. Y aún, en el supuesto de que *forma* y *vida* sean distintos, podría quedar en la forma un exceso de vida latiendo, que la supere, y que sea como un halo y coronamiento, su clima de dilatación, y así la forma no sería tan *espesa* y limitante como Simmel parece suponerlo, y hasta podría darse la situación de que admitiera un cierto consorcio con el espíritu, prisión que lo contiene y liberta, y límite externo del desarrollo vital. Y así, fuera de esa noción de forma a que se refiere nuestro pensador, habría que ampliar su concepto y el de *historia,* que en estos análisis resultan correlativos. Mucho de verdad dice Simmel, y todo es tan hondo. La referencia que hace Simmel al expresionismo en arte, en un primer plano, daría la razón a quien, como él, se constriña a descubrir la vida en su lucha con la forma; pero la daría también al que supusiera que el conflicto es más profundo y razonara admitiendo la posibilidad de que existen experiencias abismales, de presencia, no susceptibles de concreción formal, no por informes, sino por ser *actualmente* irreductibles a la forma, o porque no podemos establecer la correspondencia real de los procesos con las imágenes que, en la esfera de la objetivación parcial, las expresan y concretan.

Habría, si se quiere, como lo quiere Simmel, conflicto porque la escisión de los procesos dinámicos y las formas lleguen a una extraña rigidez; pero lo habría, también, porque existan puros procesos (*sin forma* que se les oponga), y conflicto, además, porque el proceso espiritual escapara a toda forma, lo que es lo contrario de lo que Simmel analiza. Pero parece que Simmel pensara demasiado la oposición *vida-forma,* lo que lleva a conceder prevalencia a aquellos elementos que mejor expresen la pugna y cuando logran su *definitiva* objetivación. Pero, ¿cuándo, cómo sabemos que esta lucha es definitiva, que la forma es *ya sólo forma sin* vida *ni* espíritu? Dice Simmel que la historia como ciencia se basta con el aspecto exterior, fijando en cada caso particular los medios y las causas concretas de todo cambio, y que *no hay más historia que la de procesos objetivos* (*"por lo mismo que los procesos se objetivan y mueren, es posible la historia"*). Y así son los momentos de la creación objetivados, los únicos que se valoran, con olvido de que la expresión *sin forma,* puede significar *lo que actualmente carece de forma,* pero podría significar aquellas experiencias de contenido indefinible o que mal traduce cualesquiera simbólica expresiva, por ser demasiado abstractas éstas y sutiles aquéllas con respecto a toda objetivación. Si es así, se comprende que esa dificultad puede llevar a desatender el estudio de los hechos, circunscribiéndonos al proceso siempre objetivado o que lleve en sí capacidad virtual para objetivarse y si no, no. Sólo concibe la forma como resistencia, la vida como con sola capacidad de aquietarse en ella o luchar con ella, y razona dentro del clásico dualismo, que acaso carezca de justificación metafísica, (¿vida-forma? ¿materia-espíritu?). Pero es más honda la raíz del conflicto y más extensa, porque hay procesos que no se objetivan, profundidad sin corresponder a ninguna forma, y, acaso forma que puede ser el límite de una metamorfosis que no llegue a alterar el fondo del ser, la posible profundidad de la *vida* como *espíritu.*

Luis E. Gil Salguero

UNA CAMPAÑA FOURIERISTA EN EL MONTEVIDEO DE HACE UN SIGLO

A principios de 1846, en viaje a Europa, abandonó Sarmiento en Río de Janeiro el vapor "Enriqueta" que lo condujera desde Chile y embarcó en el "Rose". En la nueva cubierta, nuevos personajes. El viajero los observa. Entre todos atrae su atención "un joven pálido, de nariz aguileña, sombreado el conjunto de sus nobles y bellas facciones por una barba negra, reluciente, tupida y prolongada hasta el pecho". Así lo retrata en una de sus cartas (1), de una sola pincelada que denuncia al frecuentador de la literatura francesa de la época.

Desde ese momento el nombre de Mr. Eugenio Tandonnet quedó salvado del olvido. En las largas jornadas de la travesía atlántica una estrecha relación de viaje lo unió a Sarmiento, quien nos ha dejado interesantes datos acerca de su persona. Sabemos por su conducto que era un fourierista francés de regreso a su país después de haber corrido ciertas aventuras políticas en el Río de la Plata. El sanjuanino no nos entera, sin embargo, del aspecto de mayor interés de aquella típica figura romántica. Durante su permanencia en Montevideo, Tandonnet hizo desde un diario la difusión de sus ideas, llevando así a cabo la primera campaña socialista de estas latitudes. Tal circunstancia le confiere un interés histórico propio, convirtiéndolo en algo más que un elemento plástico de la biografía del prócer.

* * *

Antes de echarse por el mundo había desempeñado algún papel en la Francia de Luis Felipe, como discípulo de Carlos Fourier, el utopista precursor de Marx.

(1) Carta a Tejedor. Obras Completas. T. V.

Según el testimonio de Sarmiento, que habla por boca del mismo Tandonnet, llegó a ser "el Juan bien amado del maestro. Habíale cerrado los ojos y conservaba en su poder la pluma con que escribió en los últimos momentos de su vida, algunos cabellos suyos y sus zapatos, como reliquias carísimas." Si no estas pruebas ingenuas de su devoción, muy de acuerdo con el fervor místico que despertaban los profetas del socialismo naciente, cabe poner en duda la importancia que se atribuía dentro de la escuela de Fourier. El discípulo más destacado de éste fué Víctor Considerant y el más íntimo Justo Muiron. A ellos se sumaba un grupo numerosos de secuaces, entre los cuales no figura, en ninguna de las historias del movimiento falansteriano que hemos tenido a la vista, el nombre de nuestro personaje. Por otra parte —valga sin malicia el detalle— de una biografía publicada en Montevideo por el propio Tandonnet, resulta que el cierre póstumo de los ojos del maestro fué obra de las manos femeninas, sin duda más para el caso, de Mme. Vigoureux...

De cualquier modo, es seguro que participó en Francia en la propaganda periódica del fourierismo. En Montevideo transcribió artículos que había publicado años antes en París. Y Zinny (1), que en este punto tuvo por fuente de información a Andrés Lamas, quien debió fundadamente tratar en persona a Tandonnet, afirma que fué antiguo redactor de "Phalange" —el órgano más representativo de la escuela— y de "Chronique du mouvement social".

* * *

Hizo su aparición en Montevideo poco antes del Sitio.

¿Qué móviles lo trajeron? En aquellos años el fourierismo, abandonando la táctica pasiva del maestro que todo lo esperaba de la buena voluntad de un poderoso, se hallaba empeñado en una vasta propaganda internacional. Como todas las utopías sociales de la época, cifraba grandes esperanzas en el nuevo continente. Al Brasil llegaba un núcleo de franceses con la mira de fundar un falansterio. Cuesta, no obstante, creer que Tandonnet, aunque debió ser uno de los integrantes de dicho núcleo, haya venido en forma aislada a nuestro país con el solo propósito de predicar en él su evangelio social. Es más lógico achacar el viaje a su espíritu de aventura, excitado por la repercusión que la "Question du Plata" tenía en Francia, vinculada diplomática y militarmente al drama rosista. Es, por lo demás, la explicación que trasmite Sarmiento, quien declara que la posición acomodada de su familia le permitía "viajar sin miras de comercio".

(1) "Hist. de la Prensa Periódica de la R. O. del Uruguay", pág. 222.

Aquí encontró una floreciente colonia compatriota soliviantada por los acontecimientos políticos. La célebre Convención Mackau, favorable a Rosas, había provocado en la ciudad una ola de indignación de la que participaban los mismos franceses. Para servir de portavoz a la opinión de éstos, surgió en Noviembre de 1840 un diario titulado "Le Messager Français". No se sabe por qué causa, ni en qué fecha exacta, el órgano pasó a manos del discípulo de Fourier. Sólo se conservan de su colección los números que van de fines de setiembre a fines de diciembre de 1842 (1), pero por una circunstancia feliz se encuentra en ellos lo fundamental de la campaña socialista de aquél.

Para dar una idea de la misma será forzoso que hagamos algunas transcripciones. Es iniciada en el número del 6 de octubre con un extenso artículo, cuyos primeros párrafos, traducidos al castellano, dicen:

"Una de las verdades más importantes que nos reservamos desarrollar en la continuación de este diario, es ésta:

En tanto que los principios de asociación, de organización del trabajo, de garantía de trabajo para todos y del reparto más equitativo de sus productos, no hayan

(1) Biblioteca Nacional.

comenzado a introducirse en las sociedades actuales, todos los desarrollos de la civilización, todos los descubrimientos, todos los progresos de la ciencia y de la industria, bien que creando para el porvenir medios poderosos de riqueza y de prosperidad generales, no tendrán otros resultados, en el presente, que enriquecer a un pequeño número de privilegiados, de crear una tiranía pecuniaria más opresiva que la tiranía feudal, y de reducir la clase más numerosa, la de los trabajadores, a la más horrible miseria, a la esclavitud más absoluta y más cruel.

"Inglaterra, que es hoy, sin disputa, la nación más avanzada en el desarrollo industrial, es una prueba patente de lo que adelantamos aquí. Las fortunas de los grandes capitalistas, de los principales industriales y de los propietarios del suelo, son fortunas fabulosas, que sobrepasan a las de todos los otros países; y al lado de esta concentración de riquezas se encuentra la miseria más odiosa, la más espantosa que haya nunca afligido y deshonrado a un país. Es necesario haber recorrido Manchester, Leeds y las otras grandes ciudades manufactureras de Gran Bretaña, para hacerse una idea justa de los excesos de sufrimiento y de depravación y de desesperación en que estas poblaciones están reducidas por la miseria.

Los últimos diarios ingleses que hemos recibido trazan el cuadro más amenazador de las disposiciones que reinan en las clases obreras."

Cuatro días más tarde, en el quinto aniversario de la muerte de Fourier, aparece esta nota:

"El 10 de Octubre es el día aniversario de la muerte de Carlos Fourier.

Es con un sentimiento de orgullo y de esperanza que por primera vez en esta parte de América saludamos públicamente este nombre ya glorioso en Europa y sobre otros puntos del globo.

Saludamos el genio de Fourier como el genio liberador de las sociedades modernas, devoradas por la miseria y por

la lucha desordenada de los intereses y de las pasiones. En tanto que las verdades descubiertas por este genio poderoso, y cuyo conjunto constituye la ciencia de la organización de las relaciones sociales, no habían sido reveladas, los esfuerzos más generosos en favor de la libertad y del orden, esas dos cosas igualmente necesarias al hombre, habían sido estériles y no habían llegado, como se ha visto ya, más que a la conquista de algunos derechos ilusorios que no agregan más que dificultades al orden sin producir nada para la verdadera libertad, para la felicidad real de los individuos.

No tardaremos en comenzar la justificación de las aserciones que preceden y a hacer comprender a nuestros lectores cómo son sabias y positivas las esperanzas y mejoras fecundas que se desprenden de los grandes trabajos de Carlos Fourier. Hoy hemos querido, a riesgo de no ser todavía bien comprendidos, llenar un deber que consideramos sagrado."

A partir de entonces la campaña se intensifica. Publica en folletín una extensa biografía del maestro acompañada de una exposición de sus teorías, capítulos de un libro de Víctor Considerant y artículos diversos sobre el problema obrero en Francia e Inglaterra. Sólo una vez se refiere a América —más concretamente, a nuestro país— en una nota que por su interés vamos también a transcribir:

"Se estaría tentado de creer, a primera vista, que la gran cuestión de la organización de la industria que se agita en Europa, y en este momento sobre todo en Inglaterra, no ofrece para el país en que nosotros escribimos más que un simple interés de curiosidad. Sería ése un error peligroso para el porvenir de este país. Lo que pasa, en efecto, hoy en Inglaterra, no es otra cosa que la demostración evidente de las dos grandes verdades siguientes, de las cuales deben aprovecharse todos los pueblos menos avanzados en industria:

1º) Las empresas industriales y agrícolas que se persiguen con grandes capitales y con todos los recursos de la

explotación en gran escala aseguran un pronto desarrollo de riquezas y de perfeccionamientos de todo género.

2º) De otro lado, cuando los trabajadores no están interesados, por una parte cualquiera, en los resultados y beneficios del trabajo, ese desarrollo de progreso y de riqueza no hace más que agravar cada día más la posición ya precaria de los trabajadores, y no tarda en comprometer el orden y el bienestar universales.

Esta parte de la América del Sur, está quizá mejor que cualquiera otra en posición de aprovechar de la lección que le ofrece en estos momentos Inglaterra, porque aquí el poder está menos trabado que en Europa y no tiene que luchar contra la liga poderosa de las grandes fortunas industriales que en Francia e Inglaterra imponen ya sus voluntades al poder. Hay aquí mucho que hacer; los capitales y los brazos no faltan, y con el movimiento comercial ya creado, no falta más que la paz para abrir a este país, por la instalación de grandes centros de producción agrícola e industrial, un brillante porvenir de poder y de prosperidad.

En tiempo y lugar, examinaremos del punto de vista práctico esta cuestión tan interesante."

* * *

Eugenio Tandonnet es así uno de los precursores de las ideas socialistas en el Río de la Plata, como lo ha señalado Angel M. Giménez (1). Es aún el primer sostenedor definido de las mismas, si se piensa que el "Dogma Socialista" de la Asociacion de Mayo, redactado por Esteban Echeverría en 1837, es un difuso programa político que no responde, en rigor, a su título. (2)

(1) "Páginas de Hist. del Mov. Social en la República Argentina".

(2) Echeverría, y por su intermedio los americanos contemporáneos, como Alberdi y Sarmiento, empleaban en aquellos años el término socialista en un sentido más vasto —sin duda, gramaticalmente más propio— que el que ya entonces había adquirido en Europa. Significaban con él, de un modo vago, el punto de vista social en política y en arte, sin aludir al problema de la propiedad. En 1842, años antes de conocer en su viaje a Francia el verdadeso Socialismo, aunque Utópico, escribía Sarmiento en Chile (citado por E. Petit Muñoz, "Ensayos", N.o 20): "Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución." En el mismo sentido nuestro Andrés Lamas, en el primer editorial de "El Iniciador", de abril de 1838, definía al nuevo periódico como "puramente literario y socialista". Por otra parte, el título "Dogma Socialista" como asimismo el nombre de "Asociación de Mayo", parecen ser creación de 1846, fecha de la segunda edición de la obra. Véase: José Ingenieros, "La filosofía social de Esteban Echeverría y la leyenda de la Asociación de Mayo", Revista de Filosofía. Buenos Aires, 1918. T. I.

Se trata, desde luego, de una expresión del Socialismo llamado Utópico que abarca la primera mitad del siglo pasado. Pero es notable constatar lo preciso, dentro de su concisión, de los términos en que se condena la explotación capitalista y se propugna una forma más equitativa de reparto. Especialmente la crítica que se hace de la "concentración de riquezas" —noción que será luego típicamente marxista aunque estaba desde años atrás en el socialismo francés— dando por fruto "la liga poderosa de las grandes fortunas industriales que en Francia e Inglaterra imponen ya sus voluntades al poder", fenómeno éste de trágica actualidad en la hora presente. La constatación resulta tanto más notable reparando en que todo esto se dice en Montevideo seis años antes del Manifiesto Comunista y, todavía, varios meses antes de que el mismo Marx iniciara sus lecturas sobre socialismo, al cual se convertirá recién entre 1843 y 1844.

Cabe ahora preguntar: ¿cómo fué recibida semejante prédica? Es de imaginarse. Por razones de idioma sólo llegaba a la colonia francesa y a una pequeña minoría criolla. Fuera de eso, el medio y la época, amén de los muchos aspectos extravagantes del fourierismo, no eran, por cierto, circunstancias propicias para que fuese tomada en serio. Desde luego, ningún eco podía tener en la clase obrera, muy rudimentaria, aun cuando la organización política del proletariado en nuestro país es más antigua de lo que generalmente se cree: bajo Latorre —hecho poco conocido— tuvo ya existencia una filial de la Primera Internacional. Es

evidente, por la ausencia total de alusiones en la literatura política de entonces, que tampoco causó impresión en la juventud ilustrada, cuya amistad cultivó Tandonnet. Era ésta, sin embargo, en aquellos momentos, de las más brillantes e inquietas que hayan actuado en nuestra capital. La componían elementos de ambas orillas del Plata, en virtud de la emigración de numerosos jóvenes argentinos de la Asociación de Mayo, y había insurgido oficialmente en 1838 por intermedio de "El Iniciador", la histórica revista de Andrés Lamas y Miguel Cané. En el programa de aquella generación se mezclaban a la proclamación beligerante del Romanticismo literario, preocupaciones políticas y sociales. Parece raro, pues, que ninguna resonancia intelectual tuviese en ella la campaña fourierista. Pero hay que observar que a fines del 42, ya en el horizonte la amenaza del Sitio, aquel núcleo juvenil empieza a deshacerse: unos abandonarán la ciudad y otros se entregarán de lleno a los apremiantes trabajos de la Defensa, que mal podían conciliarse con la discusión de doctrinas utópicas.

Ingenieros (1) avanza, con todo, la opinión de que Tandonnet —así como otros socialistas franceses cuya residencia coetánea en Montevideo supone— debió ejercer alguna influencia en la evolución del pensamiento de Echeverría, como se sabe, emigrado también aquí. Debe descartarse igualmente tal influencia. Es cierto que media una gran distancia entre el Echeverría de 1837 —"Dogma"— y el de 1846 y 1848 —"Ojeada Retrospectiva" y "Revolución de Febrero en Francia"— en lo que respecta a la orientación socialista de sus ideas. Pero la explicación debe buscarse en su lectura intensa de los libros y periódicos franceses del día, que nunca dejó de hacer después de su regreso de París en 1830. Nada podía agregar a ella la propaganda de "Le Messager", ni aun las conversaciones de los residentes europeos. Por lo demás, la influencia fundamental sufrida en el último período de su vida, marcado por su estancia en

(1) "Sociología Argentina", pág. 302.

Montevideo, fué la del sansimoniano Pierre Leroux. Y si alguna vez hace alusión al fourierismo es para destacar que "La Democratie Paciphique", el órgano con que Considerant sustituyó a "Phalange", sostenía ideas que él había proclamado con años de anticipación en Buenos Aires.

* * *

Seríamos inexactos, sin embargo, si afirmáramos que la prédica careció de eco en absoluto. Lo tuvo, aunque en forma accidental. No fué, que se diga, con fortuna para ella ni para su autor. Pero tiene, de todos modos, el interés de revelarnos por una vía indirecta el estado de espíritu con que fué recibida.

Muy poco tiempo después de iniciar la divulgación de sus ideas, tuvo Tandonnet la ocurrencia de insinuar un acercamiento con Rosas, de acuerdo con el lema del periódico: "Mejoras sociales sin revoluciones". Por ese entonces tenía lugar una de las tantas tentativas francesas de mediación. "Le Messager" aprovechó la circunstancia para reprochar a los emigrados argentinos los términos en que se expedían contra el tirano, poniendo en duda algunas de las cosas que decían de éste. Salióle al paso José Rivera Indarte, el temible periodista unitario que venía realizando desde "El Nacional" una de las campañas más violentas de que haya memoria en el Río de la Plata. A él, especialmente, iba dirigido el tiro. Respondió con uno de sus acostumbrados artículos, suscitándose una polémica de la cual vamos a reproducir aquellos párrafos en que se hace alusión al fourierismo.

En su artículo, Rivera Indarte, de pasada, ponía discretamente en solfa la doctrina social de su contrincante:

"El señor Editor querrá sin duda que hablemos a los proscriptores, a los asesinos, a los degolladores, a los ladrones, en el patriarcal lenguaje en que se hablaría a una sociedad de Furrieristas, que discuten tranquilamente los antes

de hoy incógnitos caminos de mejorar la sociedad sin revoluciones, de obtener la paz universal y de convertir este mundo tan sembrado de espinas, en paraíso donde a excepción de la inmortalidad los hombres gocen de esa alta ventura que poetas, legisladores, moralistas, religionarios de todas sectas nos reservaban para después de la tumba, para cuando, almas puras, se nos abriese el reino de los cielos."

Contestóle, algo amoscado, "Le Messager":

"...a propósito del sentimiento general de humanidad que nos anima, diremos a El Nacional que es fácil hacer a este respecto bromas que pueden parecer más o menos espirituales a aquéllos cuyo espíritu y corazón no están todavía suficientemente desarrollados, pero que la novedad de *un medio* no es una prueba de la impotencia de ese medio. El redactor de El Nacional es un hombre demasiado inteligente para no ser hasta cierto punto partidario del progreso y no debería ignorar que todos los progresos no se realizan más que aplicando medios nuevos, entrando en vías nuevas, desconocidas hasta entonces. (*Caminos antes de hoy incógnitos*)."

La contrarréplica de "El Nacional" fué definitiva:

"El señor Editor... ha creído equivocadamente que nos chanceamos en nuestro artículo al hablar del Furrierismo... Tan lejos de chancearnos sobre el sistema Falansteriano o Furrierista, cuyo primer apóstol que ha pisado estas playas ha sido el señor Editor del Messager, hemos leído con atención los artículos que sobre esa doctrina ha publicado, deseando que desenvolvimientos más completos nos hiciesen conocer con menos confusión los medios nuevos del Furrierismo y disipasen algunas dudas que los profanos acá para nuestro coleto abrigamos.

Necios seríamos si no mostráramos curiosidad suma por ponernos bien al cabo de esos *medios nuevos* de los Furrieristas para acabar la guerra, la pobreza, los crímenes, y hacer de este diablo de mundo paraíso de ángeles. Cuando tal suceda, la muerte será tan amarga como la condenación final porque la vida habrá sido una continua bienaventuranza.

Si algo, lo confesaremos, nos hace cosquillas, es ver que si en tres meses de *disputada moderación*, el degollador Rosas ha merecido ya el perdón Furrierista, en otros tres de verdadera contricción y penitencia podría entrar este demonio en forma humana en el gremio furrieriano como cofrade y libre de culpa y pena; lo que en efecto no nos satisface a los que hemos sido proscriptos por él y hemos visto degollados por él millares de nuestros compatriotas y por él esclava nuestra patria feliz. Si el paraíso de Monsieur Fourrier no tiene infierno para los malos; si en la organización futura por los *medios nuevos* no hay castigo para los impíos, para los tiranos, para los asesinos, no extrañe nuestro apreciable colega, que reacios en nuestras ideas de lo justo y de lo injusto, en nuestros hábitos americanos de injuriar a nuestros opresores, no arrojemos el hombre viejo y nos quedemos sin mover un pie, bien distantes de los umbrales Falansterianos...

...El Furrierismo, si se quiere, convertirá la tierra en un Edén, pero no ha de infundir la ciencia que no se adquiera, ni ha de habilitar a sus sectarios para venir desde dos mil leguas a un país extranjero que no conocen a corregir la plana, recién llegados, a los que han nacido o vivido en él desde muchísimos años."

En los números siguientes al de este artículo, no obstante su declaración formal de no chancearse, las pullas sobre el fourierismo menudearon como enjambre de avispas en las columnas de "El Nacional". Ora en notas de redacción, ora en "comunicados" de lectores oficiosos que de muy buena gana quisieron participar en la zumba. En aquel ambiente de pasiones desatadas, una sorda hostilidad fué cercando a Tandonnet. Para acabar de hacerle insoportable la vida en Montevideo, vino a sumarse el descontento que en la propia colonia francesa causó su política de contempori-

zación con Rosas. En febrero de 1843, el anterior director de "Le Messager" fundó "Le Patriote Français", órgano histórico en los anales de la Defensa, declarando que lo hacía en virtud de que "la religión" de quien le había sucedido en la dirección del primero, había sido bajo muchos aspectos —se quería aludir también, sin duda, al fourierismo— una sorpresa. Un buen día suspendió su diario, y enemistado definitivamente con la gente de la plaza, se pasó al campamento del Cerrito.

Allí trabó gran amistad con Oribe quien le hizo una acogida cordial. No sabemos cuánto tiempo llegó a convivir con los sitiadores. Lo cierto es que pasó luego a Buenos Aires simpatizando ya francamente del rosismo. En la capital argentina empezaron por presentarle a Manuelita y luego al mismo Rosas. Este lo recibió en su quinta con una campechanía paisana que acabó de conquistarlo.

* * *

A principios de 1846 embarcó en Río de Janeiro rumbo a Francia. ¿Venía recién de Buenos Aires o acababa de estar algún tiempo en el Brasil? Nos inclinamos a creer esto último. Su salida de la plaza de Montevideo tuvo lugar en los primeros meses de 1843 (1). Es difícil que un espíritu inquieto y emprendedor como el suyo hubiese pasado tres años entre el Cerrito y Buenos Aires sin dejar alguna huella, por lo menos en el periodismo. Además ese período coincide con el final del citado movimiento fourierista realizado en el Brasil, donde se intentó crear un falansterio, al que alude Sarmiento, y se editó un diario de la tendencia titulado "El Socialista". No es desatinado pensar que alguna vinculación con esas actividades tuvo Tandonnet. (2)

(1) Erróneamente Ingenieros lo hace residiendo en nuestra capital hasta 1847.

(2) En 1840 se constituyó en Francia una sociedad denominada "Union Industrielle", con el propósito de fundar en Palmetar (Brasil) una colonia fourierista. Fueron sus promotores Benoit Mure, Reynier, Derrion, Arnaud y Jamain.

Es en la travesía del Atlántico, como hemos dicho, que se relacionó con Sarmiento. Este se complace en referirle a su amigo Tejedor los pormenores de su amistad con el aventurero francés, único de los viajeros con quien era posible mantener comercio intelectual. La disparidad de opiniones en lo referente a la cuestión del Plata no fué un obstáculo para el acercamiento. Antes por el contrario, les impuso un respeto recíproco y fué el motivo de que secretamente se buscaran. Sarmiento no lo dice, pero se desprende de su lectura que una gran simpatía los ligó desde el primer momento. El obligado tema de Rosas fué pronto desplazado en los paliques de a bordo por el de las teorías de Fourier. Los años de estancia en América no habían enfriado en lo más mínimo el fanatismo del discípulo. Y ya de regreso iba a encontrar por primera vez, acaso, un auditor americano capaz de comprenderle y profundamente interesado en oirle.

La impresión que la nueva doctrina, rara mezcla de genialidad y de locura, causó a Sarmiento, debió ser grande. Puede juzgarse por la forma como introduce en el asunto a su corresponsal, con aquella vivacidad personalísima de su lenguaje: "Oiga Vd. al oído, tengo un secreto. ¡El falansterianismo, el fourierismo, el socialismo! (1). ¡Qué república ni qué monarquía! Voy a contarle el caso." Lo que entonces era una sorprendente novedad para él, un "secreto", hacía cuatro años que en Montevideo había sido propagado desde un diario...

(1) Ahora —1846— el "socialismo" tiene para él un sentido muy distinto al de 1842.

Entre 1841 y 1842 se trasladaron los colonos al Brasil, dividiéndose enseguida en dos grupos: uno que quedó en Palmetar y otro que se instaló en Sahy, Estado de Santa Catalina. Ambos fracasaron al cabo de unos años. Pero en 1846, cuando Tandonnet embarcó en el "Rose", existía aún el falansterio de Sahy y en 1845 se editaba en Río de Janeiro el órgano fourierista citado en el texto. Tandonnet, que acaso perteneció a la emigración de 1841-42, porque es entre esos años, precisamente, que apareció en Montevideo, no debió ser ajeno a la redacción de "El Socialista". (Sobre la tentativa fourierista en el Brasil, ver: J. Gaumont, "Hist. Générale de la Coop. en France", I, págs. 167 y sigts., y J. Jaurés, "Hist. Socialiste", VIII, pág. 448, citados por Giménez).

Es imposible, llegados a este punto, no dar cabida al notable juicio arrancado a Sarmiento por la doctrina que en forma diaria y autorizada se le hiciera conocer durante dos meses. Asombra y emociona la agudeza con que se pronuncia su espíritu genial, virgen todavía de la experiencia europea. Después de cebar su clásica mordacidad en lo que el fourierismo tenía de fantástico, torna grave el estilo y dice:

"Los conflictos de la concurrencia, los alzamientos de los obreros por falta de trabajo, la opresión y la muerte de las clases pobres, aplastadas por las necesidades de la industria, Fourier los había expuesto *a priori*, antes de que el Parlamento inglés se ocupase de disminuir las horas de trabajo, ni Cobden hecho su famosa liga de los cereales, lo que prueba que hay algo de fundamental en la doctrina del visionario... Pero yo hubiera querido que Fourier, y esto es lo que objeto a sus discípulos, hubiese basado su sistema en el progreso natural de la conciencia humana, en los antecedentes históricos y en los hechos cumplidos (1). Las sociedades modernas tienden a la igualdad; no hay ya castas privilegiadas y ociosas; la educación que completa al hombre, se da a todos sin distinción; la industria crea necesidades y la ciencia abre nuevos caminos de satisfacerlas; hay ya pueblos en que todos los hombres tienen derecho de gobernar por el sufragio universal; la grande mayoría de las naciones padece; las tradiciones se debilitan y un momento ha de llegar en que esas masas que hoy se sublevan por pan, pidan a los parlamentos que discuten las horas que deben trabajar, una parte de las utilidades que su sudor da a los capitalistas. Entonces la política, la constitución, la forma de gobierno, quedarán reducidas a esta simple cuestión: ¿cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí, para proveer a su subsistencia presente y futura, dando su parte al capital, puesto en actividad, a la inteligencia que lo dirige

(1) En el mismo año en que esto se escribía —1846— Marx culminaba en Bruselas la elaboración de su doctrina: era, en el fondo, dar al sistema de Fourier, por quien sintió gran simpatía, la base que Sarmiento reclamaba en palabras de admirable síntesis.

y hace producir, y al trabajo manual de los millares de hombres que hoy emplea, dándoles apenas con que no morirse y a veces matándolos en ellos mismos, en su familia y en su progenie? Cuando esta cuestión que viene de todas partes, de Manchester como de Lyon, encuentre solución, el fourierismo se encontrará sobre la carpeta de la política y de la legislación, porque ésta es la cuestión que él se propone resolver."

Al cabo de un siglo le ha tocado a otro gran argentino hacer de Fourier una evocación acaso no superada. En una conferencia pronunciada en Méjico fijó Aníbal Ponce, poco antes de morir, el juicio de las generaciones actuales sobre la obra del utopista. No cita a Sarmiento, a pesar de ser, por añadidura, su biógrafo. Imposible le hubiera sido, sin embargo, encontrar mejor introducción, por la identidad esencial del pensamiento, que esa página suya, equilibrada y densamente profética.

* * *

Eugenio Tandonnet, amigo de Rosas al punto de haber dormido en una pieza contigua a la suya —excepcional distinción— entró en Francia de cicerone del autor del "Facundo"...

En la carta a Aberastain, dice Sarmiento que su amigo de viaje le ha presentado a personas influyentes de París. Es la última noticia que tenemos de sus andanzas.

Arturo Ardao

JUGLERIA DE LAS FIGURAS REALES

I

Siempre tu vestido es nuevo,
—terso confín de zorzales.
Tela intacta de tus pétalos
ya canto y danza al plegarse.

Tierna, inmaculada albura,
—ceniza y espuma de aire.
Ave y flor que se renuevan
por conocerse y gustarse.

Nuevo instante es cada idilio,
—tic, tac del agua al nevarse.
La escarcha te anuda lazos
—cinturones de brillantes.

Carbón encendido, —el astro
en la noche de albas, madre.
Se llenan de luz tus ojos
como de llanto los mares.

Cauce del vuelo, —el velo
que no podrás desnudarte.
—Pesados mantos de bruma
sólo un amante los abre.

Cutícula, escama, pluma,
tez, —vellón de recentales.
La muda se ve, no el cuerpo,
—sólo de sus huellas sabes.

Oyes, caracol y entiendes
de verdad y fugacidades?
—Despojos son del que vive
lo que concibas o aguardes.

II

Ritmo de estrenos nocturnos,
—tiempos y espacios iguales.
Cruza del brazo conmigo,
—luna, tus oscuridades.

Anda que tiemblas convulsa,
—nave del sol tripulada.
El mundo queda, tú emerges
en alta mar, solitaria.

Reproducción de ti misma
es lo sensible y pensable.
—Ombligo del medio día
guarda el secreto punzante.

Frotamientos de la llama,
—ramaje de los pinares.
Donde alientan las resinas
tienes canción saludable.

Voz de candente perfume,
—campo en silencio de imanes.
Sueño y rocío despiertan;
—sale la tierra y tú naces.

III

Labio superior, —el cielo
de su boca silenciosa.
Música inmóvil, —el suelo
en el que juegan tus sombras.

La ola absorbe las islas
cuando aspiran a ser libres.
La identidad de ellas mismas
en tu presencia reside.

Giras horizonte y sigues
en tu invariable nivel.
La vertical, baja y sube,
—viste alegría de ser.

Hay quien distingue las formas:
—canta silenciosamente!
Ninguna intención lo logra,
sino atención transparente.

Profunda capa de polvo
le empecé el giro del pie.
Olvida al músico y baila,
—déjale seguirte fiel.

Solo toca, esculpe, siente
la vida que quiere ser.
Como tentación se busca
y es evasión de hambre y sed.

Alvarez Alonso

A D A N

A Emilio Oribe.

¡Ay mi perdida clara transparencia!
Mi alma se hundió en un mar desordenado.
Torpe mundo en mis manos desmontado,
Fiero castigo me dejó tu ausencia.

Polvo de luz, vagaba en tu presencia
Por tu divino humor atravesado;
Pero hoy que entre las frutas olvidado,
Olvidada dejé clara inocencia.

En el arte armaré trágica esfera,
Recobrado cristal, fuente primera.
Y esta vez a la esencia de las cosas

Me llevarán caminos doloridos:
Delirios de manzanas, mis sentidos,
Y roja arquitectura de las rosas.

Lauro Ayestarán.

EL CUANTUM DE ACCION Y LA DESCRIPCION DE LOS FENOMENOS

Sin duda pocos acontecimientos en la historia de las ciencias y en el corto espacio de una generación, de consecuencias tan importantes como el descubrimiento de Planck, el descubrimiento del cuantum elemental de acción. Es él que constituye cada vez más el cuadro dentro del cual se agrupan los resultados de las investigaciones acerca de los fenómenos átomicos, que tanta extensión han tomado en los últimos treinta años, y el que, al mismo tiempo, ha provocado una fundamentación completa de las bases de la descripción de los fenómenos naturales. Hemos asistido a una evolución ininterrumpida de las concepciones y de las ideas; esta evolución que tuvo como punto de partida los trabajos fundamentales de Plank sobre la irradiación en el vacío, ha terminado provisoriamente, en el curso de estos últimos años, con la creación de una mecánica simbólica de los cuanta, que puede ser considerada como una generalización natural de la mecánica clásica, y que es comparable a ésta en belleza y en coherencia.

Sin embargo, para alcanzar este objeto, ha sido preciso renunciar a la descripción causal y espacio-temporal, que es característica de las teorías clásicas y que había encontrado una expresión tan clara y tan profunda en la teoría de la relatividad. En este orden de ideas, se puede decir que la teoría cuántica es una decepción, si se considera que en su origen, la teoría atómica es el resultado de una tentativa que tuvo por objeto justamente extender este modo de descripción clásica a fenómenos que no aparecen inmediatamente a nuestros sentidos como movimientos de cuerpos materiales. No obstante, de largo tiempo, se esperaba que aquí exactamente, se mostraría la insuficiencia de las formas de

intuición adaptadas a nuestras sensaciones. Sabemos hoy que las dudas muchas veces emitidas sobre la realidad de los átomos eran exageradas; porque el maravilloso desarrollo de la técnica experimental nos ha permitido percibir los efectos individuales de los átomos. Sin embargo, es precisamente el descubrimiento de la limitación impuesta por el cuantum de acción a la indivisibilidad de los procesos físicos, el que ha mostrado que las dudas anteriores sobre el alcance de nuestras formas ordinarias de intuición en el dominio atómico, eran justificadas. Como en la indagatoria de los fenómenos atómicos no puede hacerse abstracción de la interacción entre el objeto y el instrumento de medida, se ve reaparecer el problema de las posibilidades de la observación. Se encuentra aquí un aspecto nuevo de este problema de la objetividad de los fenómenos que ha suscitado siempre tanto interés en las cuestiones filosóficas.

En estas condiciones, no es de admirarse que todas las aplicaciones lógicas de la teoría cuántica se refieran a problemas esencialmente estadísticos. Ya en los primeros trabajos de Planck, fué sobre todo la necesidad de modificar la mecánica estadística clásica lo que dió lugar a la introducción del cuantum de acción. Este rasgo característico de la teoría cuántica aparecía de una manera sorprendente en la discusión de nuevo provocada sobre la naturaleza de la luz y de las partículas materiales elementales. Parecía entonces que aquellas cuestiones habían encontrado una solución definitiva en el cuadro de las teorías clásicas, tanto para la luz como para las partículas materiales; pero hoy sabemos que se necesitan varias especies de imágenes para representar todos los aspectos de los fenómenos, que consienta un enunciado unívoco de las leyes estadísticas que rigen los resultados de las observaciones. Cuanto más notamos la imposibilidad de formular el contenido de la teoría cuántica con la ayuda de una sola especie de representaciones clásicas, más feliz encontramos la intuición que ha guiado a Planck en la elección del término "cuantum de acción". Esta sugiere directamente la insuficiencia del principio de la menor acción, del que había ella misma señalado muchas veces la importancia en la descripción clásica de los fenómenos. Este principio simboliza por así decir la relación particular de simetría recíproca que existe entre la descripción espacio-temporal y los teoremas de conservación de la energía y de la impulsión; ya en la física clásica estos últimos debían su gran fecundidad a que eran extensamente aplicables independientemente del curso de los fenómenos en el espacio y en el tiempo. Es, precisamente, de esta reciprocidad que se obtiene un partido feliz en el formalismo de la teoría cuántica. En ésta, en efecto, el cuantum de acción sólo interviene en las relaciones donde entran de una manera simétrica y recíproca las coordenadas espacio-temporales y las componentes de la impulsión-energía que les están canónicamente conjugadas en el sentido de Hamilton. Así, la analogía entre la óptica y la mecánica, tan fecunda en el último desarrollo de la teoría cuántica, está muy íntimamente ligada a esta reciprocidad.

Según la naturaleza misma de la observación de los fenómenos físicos, todas las experiencias, en último análisis, deben ser descritas necesariamente, con ayuda de los conceptos clásicos, haciendo abstracción del cuantum de acción. La limitación de la aplicabilidad de los conceptos clásicos entraña pues, fatalmente, una limitación en los resultados de las medidas d elos tamaños atómicos. Este problema ha sido recientemente elucidado en gran parte por una ley cuántica general formulada por Heisenberg, y según la cual el producto de los errores medios con los que se puede medir simultáneamente dos magnitudes mecánicas canónicamente conjugadas, no puede jamás ser inferior al cuantum de acción. Heisenberg ha comparado juiciosamente la importancia de esta ley de incertidumbre recíproca para la no contradicción de la mecánica cuántica, a la importancia de la imposibilidad de una velocidad de señal más grande que la de la luz para la no contradicción de la teoría de la relatividad. De ese modo, para discutir las paradojas tan conocidas que se encuentran en la aplicación de la teoría cuántica a la constitución del átomo, es esencial recordar que las propiedades de los átomos no son accesibles a la observación

más que por el intermediario de sus reacciones de choque o de irradiación, y que la limitación de las posibilidades de medida está estrechamente ligada a las contradicciones aparentes reveladas por la discusión de la naturaleza de la luz y de las partículas materiales. Para insistir sobre el hecho de que no se trata aquí de verdaderas contradicciones, yo he propuesto en un artículo anterior el término de "complementariedad". Sin embargo, y pensando en la simetría recíproca, antes señalada, y que aparece ya en la mecánica clásisica, el término de "reciprocidad" expresaría mejor la naturaleza de esta relación. El artículo a que me refiero terminaba por una alusión a la estrecha analogía que existe entre la insuficiencia de nuestras formas de intuición, que se originan en la imposibilidad de establecer una separación neta entre fenómenos e instrumentos de observación, y los límites generales impuestos a la génesis de los conceptos humanos para distinguir entre sujeto y objeto. A decir verdad, los problemas epistemológicos y psicológicos levantados por esta observación rebasan el dominio de la física propiamente dicha. Sin embargo, desearía aprovechar esta oportunidad que se me ofrece para entrar en detalles sobre el asunto.

He aquí en pocas palabras el problema epistemológico que se pone. De una parte, la descripción de la actividad de nuestro pensamiento exige que el contenido del pensamiento, dado objetivamente, sea puesto en presencia de un sujeto que lo examine; de otra parte, —como resulta ya de esta misma afirmación— no se puede establecer ninguna separación definitiva entre objeto y sujeto, puesto que, en efecto, este último concepto también forma parte de un contenido de pensamiento. De donde se sigue que todos los conceptos, o mejor todos los términos, tienen sólo un sentido relativo, dependiendo de la elección arbitraria de nuestro punto de vista; siendo necesario, además, colocarnos en diferentes puntos de vista para elucidar en todas sus fases un solo y único objeto, lo que hace imposible una descripción unívoca de este objeto. Estrictamente hablando, el análisis consciente de un concepto excluye, en efecto, toda aplicación

inmediata de éste. Son, sobre todo, los problemas psicológicos, los que nos han familiarizado con esta necesidad de hacer un llamado a un modo de descripción complementario, o mejor, recíproco, en el sentido indicado. Por lo contrario, se considera corrientemente como característica de las ciencias exactas la investigación de un modo de descripción unívoca, por la eliminación de todo lo que concierne al sujeto observador. Esta tendencia se presenta acaso bajo su forma más consciente, en el matemático. El simbolismo matemático nos ofrece un ideal de objetividad realizable sin restricción, mientras se permanece en el interior de un dominio bien delimitado de los principios de la lógica; pero en las ciencias naturales propiamente dichas, jamás se tienen cosas que pertenezcan a un dominio lógico estrictamente delimitado, y en ellas es preciso siempre tener en cuenta la adjunción de hechos nuevos, cuya clasificación en el cuadro de la experiencia ya adquirida, puede exigir una revisión de los conceptos fundamentales.

Hemos asistido recientemente a una revisión semejante, a propósito de la creación de la teoría de la relatividad, que ha revelado el carácter subjetivo de todos los conceptos de la física clásica, precisamente gracias a un análisis mucho más profundizado del problema de la observación. Pese al gran esfuerzo de abstracción que ella nos impone, la teoría de la relatividad, responde singularmente al ideal clásico de unidad y de conexión causal entre los fenómenos. Especialmente, conserva todavía con rigor la idea de la realidad objetiva de los fenómenos que fija el objeto de nuestras observaciones. En efecto, toda medida —y esta es hipótesis fundamental de la teoría de Einstein— está basada finalmente sobre una coincidencia del objeto y del instrumento de medida en el mismo punto del espacio-tiempo, y como tal es independiente del sistema de referencia del observador. Pero el descubrimiento del cuantum de acción, nos enseña que en la descripción de los fenómenos atómicos el ideal clásico no puede ser alcanzado. En particular, toda tentativa de coordinación espacio-temporal entraña una ruptura en la cadena causal; debido a que ella im-

plica, entre los "individuos" y las reglas y relojes utilizados como señales, un cambio de impulsión y de energía que no es despreciable y que, no obstante, no podemos tener en cuenta si queremos que los instrumentos de medida llenen su función. Inversamente, cada vez que se quiere obtener de la conservación rigurosa de la energía y de la impulsión una conclusión unívoca sobre el comportamiento dinámico de los "individuos", claro que debe renunciarse completamente a seguirlos en el espacio y en el tiempo. De una manera general, se puede decir que si la descripción causal y espacio-temporal conviene a la coordinación de los hechos experimentales ordinarios, ello se debe exclusivamente a la pequeñez del cuantum frente a las acciones que entran en juego en los fenómenos habituales. El descubrimiento de Planck ha dado así nacimiento a una situación comparable a la que había provocado el descubrimiento de la velocidad finita de la luz; en efecto, la separación neta entre el espacio y el tiempo, exigida por nuestros sentidos, no es posible sino porque las velocidades halladas en la vida corriente son débiles enfrentadas a la velocidad de la luz. De hecho la reciprocidad de los resultados de medidas es tan esencial en la cuestión de la causalidad de los fenómenos atómicos como su relatividad en la cuestión de la simultaneidad.

Cuando se considera esta situación, que nos obliga a renunciar a la necesidad de representaciones intuitivas de que está penetrado nuestro lenguaje, es muy instructivo el consignar que se encuentran ya en experiencias psicológicas elementales, rasgos fundamentales, no sólo del modo de razonamiento relativista, sino también del modo de razonamiento recíproco. La relatividad de las percepciones de movimiento nos es familiar desde la infancia por los desplazamientos en tren o en vapor; experiencias cotidianas nos muestran la reciprocidad de las percepciones de contacto. Nos place recordar aquí un ejemplo sorprendente, con frecuencia citado por los psicólogos: trátase de la impresión que se experimenta cuando uno quiere orientarse en una cámara obscura avanzando a tientas con un bastón. Ligeramente asido, el bastón se presenta al sentido tactil como un

objeto; pero si lo cogemos con fuerza, no da más la impresión de un cuerpo extraño y la percepción de contacto es transportada inmediatamente al punto en que el bastón toca los cuerpos que se desea examinar. Se podría, sin exageración, basarse únicamente sobre la experiencia psicológica para afirmar que los conceptos de tiempo y de espacio, según su propia naturaleza, sólo adquieren sentido por la posibilidad de abstraer la interacción con los instrumentos de medida. De una manera general, el análisis de las impresiones sensoriales revela una independencia notable de los fundamentos psicológicos de las ideas de tiempo y de espacio por una parte, y de las ideas de energía y de impulsión, que reposan sobre acciones dinámicas, por otra parte. Pero como se ha dicho, este dominio se caracteriza, sobre todo, por una relación de reciprocidad ligada al carácter de unidad de la conciencia que presenta una semejanza sorprendente con las consecuencias físicas del cuantum de acción. Se trata de particularidades bien conocidas de la actividad de los sentimientos y de la voluntad, que escapan completamente a una representación por medio de imágenes intuitivas. En particular, la oposición aparente entre el progreso continuo del pensamiento asociativo y el mantenimiento de la unidad de la personalidad, presenta una semejanza significativa con la relación entre la descripción ondulatoria de los movimientos de las partículas materiales, regida por el principio de superposición, y la individualidad indestructible de estas partículas. A la acción que se ejerce fatalmente sobre los fenómenos atómicos en el momento de observarlos corresponde, para las impresiones del alma, ese cambio de coloración tan conocido que las afecta cuando la atención se concentra sobre alguno de sus múltiples aspectos.

Me permitiré todavía señalar brevemente la relación que existe entre las leyes del dominio psíquico y el problema de la causalidad de los fenómenos físicos. Dada la oposición que existe entre el sentimiento del libre arbitrio; que domina la vida psíquica y la conexión causal aparentemente rigurosa que presentan los procesos fisiológicos concomi-

tantes, ciertamente, no podía escapar a los filósofos el que se podría estar en presencia de una relación de complementariedad no intuitiva. Se ha sostenido a menudo que un estudio detallado de los procesos del cerebro —estudio seguramente irrealizable pero imaginable— revelaría un encadenamiento causal que ofrecería una representación unívoca de las impresiones psíquicas teñidas de sentimiento. Pero esta experiencia ideal aparece bajo una luz nueva a partir del descubrimiento del cuantum de acción, que nos ha enseñado que no es posible establecer en detalle la secuencia causal de los procesos atómicos, ni obtener conocimiento alguno de estos últimos sin perturbación esencialmente incontrolable de sus cursos. La concepción considerada de la relación entre los procesos cerebrales y las impresiones del alma nos conduce a pensar que todo intento de observar los primeros, entraña una modificación esencial del sentimiento de voluntad. Sin duda, no se trata sino de analogías más o menos pertinentes; no obstante, es difícil escapar a la convicción de que los hechos revelados por la teoría cuántica, inaccesibles a nuestras formas normales de intuición, proporcionan un medio de investigación de los problemas filosóficos generales.

En ocasión como esta se perdonará a un físico haberse arriesgado en un dominio que le es extraño. Quisiera sobre todo describir el entusiasmo que me inspiran las perspectivas abiertas a la ciencia por el descubrimiento de Planck. Querría hacer notar también de qué modo los nuevos descubrimientos han conmovido profundamente los fundamentos del edificio conceptual que forma la armadura de la representación clásica de la física, y aun de todo nuestro modo habitual de pensamiento. Hemos obtenido una más grande libertad de ideas que nos ha permitido penetrar más en la naturaleza de los fenómenos; los progresos maravillosos realizados en el curso de la última generación, rebasan cuanto se hubiera osado esperar hace solamente algunos años. Lo que sin duda mejor caracteriza el estado actual de la física, es que la mayoría de las ideas puestas con éxito al servicio de la investigación científica ocupan un debido lugar

en un conjunto armonioso, sin perder por esto su fertilidad. Como un reconocimiento de las posibilidades de trabajo que les ha proporcionado, los físicos rinden hoy homenaje al creador de la teoría cuántica.

Niels Bohr

(La theorie atomique et la description des phénomènes. París, Gauthier-Villars, 1932. Traducción especial para ENSAYOS, de Luis Gil Salguero).

EDUCACION

SARMIENTO Y LA REFORMA DE LA ESCUELA URUGUAYA

PRIMERA PARTE

(Conferencia leída en la A. I. A. P. E. (sección argentina) en el ciclo de estudio de Sarmiento, en setiembre de 1938).

Para algunos hombres, los límites geográficos resultan marcos reducidos de los cuales tienen que escapar para no ahogarse. Unos por ambición. Otros por generosidad. Y éstos, porque, entonces, su influencia abarca los cuatro puntos cardinales. Sarmiento, es, precisamente, de esos que rebasan su propio marco. Necesita, por idiosincrasia, la vastedad de los continentes. Y nuestra América lo ha entendido en esa generosidad. Su padre mismo era más que hombre, patria. Nos lo dicen las biografías, medio en serio, medio en broma. Y todo porque "predicaba a gritos contra los *godos* y ponía en la propaganda tan desmesurado entusiasmo que sus paisanos empezaron a llamarle, el *Sarmiento Patria*" (1). Nunca pensó —tal vez que, por boca de su hijo, iba a hablar, más tarde— un continente entero. La influencia de su constructividad no encontró fronteras. Así es que hablar sólo de "Sarmiento educador", significa realizar en parte también la revisión histórica de la Reforma de la Escuela Uruguaya, por ejemplo. Y quizá me quede corto si en lo que a reformas se refiere, me circunscribo a la educación solamente, su más alto título. Porque la acción y palabra de este por momentos "extenuado Sísifo" (2), llega a ser tan grande, que los gobiernos allegados están casi pendientes de su actividad. Quiero recordarles este solo caso. Cuando Sarmiento inauguró las Aguas Corrientes de vuestra ciudad, dictó a través de su alocución, un verdadero curso de profilaxis del cólera y medidas de higiene y saneamiento para los habitantes. El las había recogido en Estados Unidos entre las tantas cosas que recogiera. Su discurso se reprodujo íntegro en un diario de Montevideo (3). Tres días más tarde, el Presidente entonces don Lorenzo Batlle, dictaba medidas semejantes, de precaución y las sostenía en los mismos conceptos de Sarmiento. Vosotros recordaréis que, desgraciadamente, el cólera se ensañó con vuestra ciudad... (4)

(1) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 19. Edic. Espasa-Calpe.
(2) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 215.

De la misma manera, su influencia se sentiría algún día también en Venezuela, en donde se creaba un grupo de escuelas, proclamándose lo que se llamó la *idea Sarmiento*. Y esto lo tendría que recordar él mismo, frente a sus impugnadores cuando le calificaban de "agente de la Unión" (5).

Era indudable, por lo demás, que regresaba de un país muy grande, casi un continente. Traía más que rumor de ecos, estridencias de cataratas. Necesitaba, luego, aquí en esta soledad y tranquilidad bárbaras, grandes espacios, muchos pueblos, para su compleja cabeza en constante ebullición. Por eso también fué que se acostumbró a mirar a esta América del Sur como un solo block que había de despertar de pronto, de norte a sur, como una sola entidad que adquiere conciencia de su existencia. Se acostumbró a pensar para todos y por todos, y en todo. Se acostumbró incluso a hablar a las embajadas en conjunto, como en su nota que figura en el prólogo de *Las Escuelas* (6). Por eso es vano que en ninguna de sus obras tratemos de coordinar con cierta armonía, pedagógicamente, —contradicción del pedagogo que parece no existir y sin embargo es visible—, la materia de que trata. Donde es un ensayo sociológico, hay una anécdota familiar. Y a veces un recuerdo doméstico o

(3) "El Siglo". 1.o de octubre de 1868. B. Nac.
(4) "El Siglo". 2 de octubre de 1868. B. Nac.
(5) Sarmiento. Obras completas. Tomo XX. Pág. 150.
(6) Sarmiento. "Las Escuelas". Tomo XXX. Pág. 18.

una tirada sentimental. Y siempre una cifra o un ejemplo sobre educación. Donde es un recuerdo afectivo, hay un ensayo sociológico y un concepto pedagógico. Y nunca falta la extensa discriminación sobre mil y un temas que Sarmiento domina desde abajo, como quien de tierra detiene el corcel desbocado que levanta sus remos al aire. Por eso es que su obra es densa, mechada de cientos de asuntos, desmelenada y tosca, pero siempre jugosa y vital. Aquel espectáculo de Norte América electrizó sin duda su dinamismo. Desde aquel día que se encontraron, su corazón se empezó a ensanchar. Nunca ciego ni sordo a ese movimiento envolvente. Porque Sarmiento no fué nunca un instrumento ciego del proceso histórico que vivió. El sabía bien a qué fuerzas servía. Y sabía, además, cuáles eran las proyecciones de su utilidad a esas fuerzas. Nunca escapó a su sentido sin duda realista, la transfigura de la cifra. Quien maneja números extrae por principio su raíz cuadrada: en ella está el objetivo. Y tampoco deja de extraer los corolarios de sus operaciones. Las cifras se sostienen sobre una razón lógica construída por la mente del hombre.

El sabía, por ejemplo, que más que una diferencia geográfica, ambas Américas diferían en su proceso histórico, como nos lo dirá en 1849. Desde aquel "anhelado oasis de pacífica y laboriosa cultura" que era Chile (7), Domingo Faustino Sarmiento, proscripto por los bárbaros, lanza sin vacilación un nuevo apóstrofe. No ciertamente tan ardiente como el *Facundo,* pero sí más sarcástico. En éste les demuestra que son bárbaros y cuáles son sus cualidades. En *De la Educación Popular* les dice por qué son bárbaros y hasta cuándo lo serán... Este libro surgido de aquel primitivo informe sobre educación que elevara al gobierno a fines del 48, de regreso de sus viajes, tiene incalculable trascendencia, si se le compara con la política y economía rudimentarias de aquel tiempo. ¿Cuál era el estado político del Río de la Plata, de la América entera, en los instantes de

(7) Sarmiento. "Educación Popular". Pág. 12. B. Arg.

su aparición? Ricardo Rojas, en su "Noticia Preliminar", que sirve de prólogo a este libro en la edición de la Biblioteca Argentina, nos lo pinta en cuatro trazos: "...bástenos recordar que en 1849, cuando Sarmiento publicó este libro, tres tiranías de trapo rojo pesaban sobre las tres repúblicas del Plata; un imperio católico del más auténtico tipo lusitano se levantaba sobre el Brasil; y oligarquías militaristas o fanáticas explotaban y sublevaban, vuelta a vuelta la ignorancia indígena de las demás naciones" (8). Descartado el error histórico que pueda atribuirse a este simple esbozo o apreciación particular, no cabe duda sin embargo que la publicación de un libro como éste en América del Sur, "se nos aparece como un clarión de sol entre un cielo siniestro" (9). Es que este libro tiene algo de inaudito y mucho de atrevido. Y sólo la influencia de algo poderosamente fuerte, sobre un temperamento poderosamente tenaz, pudo haber obrado en el ánimo de quien captara con ojos tan fijos, paisaje de tanto dramatismo y proyecciones de tan exacta realidad. Y es que la avasallante y liberal burguesía americana, sacudida de toda murriña feudal antes de traspasar los umbrales de América, cavaba hondamente en el ánimo de todos los hombres progresistas del pueblo en la América entera. Sarmiento no podía escapar a su influjo. Y nadie se podría sentir más a gusto que él en ese inmenso laboratodio. Ahí se despertaba el mundo. Ahí estaban, pues, las raíces afectivas de su concepto reformista en todos los órdenes del gobierno, sobre todo en ese que para él sintetizaba lo demás: el educativo. De la Europa decadente, agotada, poca cosa traía, en realidad, que le conmoviera. Su idiosincrasia no era ciertamente de ese occidentalismo. Ni Alemania ni Holanda, "a pesar de aquellas dos grandes legislaciones de educación pública" (10); ni Francia; ni España, el país que seguía "dando las doce cuando todos los

(8) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 12. Bib. Arg.
(9) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 10. Bib. Arg.
(10) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 26. Bib. Arg.

relojes marcan las cinco" (11); ninguno de ellos, entre los cuales la mayoría, "el pueblo es generalmente ignorante sino lamentablemente estúpido" (12), criterio éste que se lo ratificaban "los filantrópicos e ilustrados que en aquellos países trabajan con ahinco". En Occidente reinaba todavía una "educación secular". Muchos ni siquiera habían despertado del siglo XVII. Ninguno de esos países removió, pues, su dinamismo. Su mentalidad era de esta época de burguesía triunfante y emprendedora. Ninguno de aquellos países causó impresión en su temperamento constructor por excelencia, como Estados Unidos que había dejado a todos muy atrás, "en la aplicación de todos los principios, de todos los descubrimientos y de todas las máquinas, como auxiliares del trabajo, que han revelado o aplicado la ciencia humana en todos los países civilizados" (13). Hacia Estados Unidos, pues, se volvían a un tiempo, todas las miradas. Las asustadas y decrépitas, las simpatizantes y creyentes. Y la de Sarmiento no se conforma con el espectáculo. Trata de indagar las causas, el poder de ese *élan* constructivo, en toda su intimidad. Y la forma en que esa constructividad iba alcanzando tan grandes progresos en tiempos tan cortos. Y el fervor cultural de ese país, acabó de multiplicar la efervescencia de su ánimo de por sí sensible al progreso del espíritu humano. Hombre excesivamente tierno, queriendo esconder su ternura en ese bravuconismo exterior de modales y gestos, de hechos y palabras, no obstante; hombre con poca suerte en su fervor progresista y tan herido que fuera siempre por la incomprensión de los bárbaros, se abrazó con Horacio Mann en la soleada aldeíta de Newton East en el Boston que iba a ser famoso. Y con Horacio Mann "combatido, olvidado, hostilizado... que había pasado horas muy amargas como él" (14), fraternizó y convivió horas de conocimiento, allí

(11) A Ponce: "Examen de la España actual". Pág. 11. Ed. "Mundo". Montevideo.
(12) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 26. Bib. Arg.
(13) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 33.
(14) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 142.

en la aldeíta, en la que Mann vivía su reconstrucción educacional con un grupo de profesores y maestros discípulos. Allí aprendió, lloró, rabió... aprendió incluso que se puede ser impertinente como los yanquis —como decía en carta a su amigo Alsina— cuando un Estado como el de Massachussets "se puede mostrar orgulloso de encerrar en sus escasos límites, 3.500 escuelas atendidas por más de 7.000 maestros... número de maestros mayor que el monto total del ejército de Chile" (15) y ésto en el año 1848!

Por otra parte, nadie que no diga de su conocimiento con apasionada fe alcanzará a crear en nuestra alma, la aptitud del discípulo. Ciertamente damos de nuestra fe tanto o más que de nuestro conocimiento, como asegura el poeta asirio de "El Profeta". Y en ese sentido nada se le puede reprochar a aquel americano. Porque Horacio Mann era, sin duda, un maestro virtuoso y un encendido evangelista de la cultura. Unía a estas virtudes, además, el instinto del educador, la cultura de los estudios que realizó por Europa en naciones caracterizadas por sus adelantes educacionales, y la tenacidad del constructor moderno: con una mano va quitando las ruinas, con la otra va levantando el nuevo edificio. Su practicidad tan alta como su ardor, obviaba los inconvenientes y las obras nacían, nacían a raudales. Nada es tan convincente para la fe como la realidad de los hechos. Ninguna fe está hecha de abstracciones. De otro modo los milagros de las escrituras no hubieran desempeñado ningún papel con su simbolismo. Y ésta fué otra de las causas que contribuyó para que prendiera tan a fondo en el alma de Sarmiento, la doctrina y la realización de Mann. Porque Sarmiento era hombre de hacer, antes que de hablar. La obra de Mann era sin duda, asustante. Sarmiento nos la sintetiza como amartillando: "...colecta y recopila informes que pasan anualmente las comisiones de las distintas escuelas, cuyo trabajo produce un volumen de 400 páginas, que se presenta todos los años a la legislatura;

(15) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 143.

redacta un periódico quincenal para dirigir e impulsar la educación de todo el Estado; preside las reuniones de los maestros de escuelas para la discusión de métodos y mejoras que puedan introducirse; corresponde con los otros Estados y viaja por Massachussets, haciendo "lectures" y pronunciando arengas para fomentar la educación" (16).

Hay sin duda una enorme desproporción entre toda esa civilización que traía Sarmiento ya del primer viaje y esta sórdida ignorancia de Sud América. Aquí había que pensar en todo. Aquí había que edificar todo. Aquí se necesitaba el constructor capaz de transformar en energía lo que estaba virgen que era "el todo". Vivíamos aún en la época feliz de la "dulce Arcadia" que recuerda Hudson en "La Tierra Purpúrea". La naturaleza lo daba todo. El trabajo del hombre en esta América, en realidad, no era aún la mercancía sobre la cual descansaba toda una pesada burguesía ya, en la otra. Sarmiento había podido apreciar perfectamente bien que el proceso histórico que diferenciaba estas dos moles de tierra, tenía desde su origen ya, profundas diferencias. "Los estados sudamericanos —escribe— pertenecen a una raza que figura en última línea. La España y sus descendientes se presentan hoy en el teatro del mundo moderno destituídos de todas las dotes que la vida de la nuestra requiere. Carecen de medios de acción por su falta radical de aquellos conocimientos de las ciencias naturales o físicas. La producción hija del trabajo, no puede hacerse hoy en una escala provechosa, sino por la introducción de los medios mecánicos que ha conquistado la industria de los otros países" (17). Eso no había ocurrido con los americanos del norte. También él lo sabía. Nuestro panorama no podía, pues, ser más objetivo: industrias rudimentarias, medios de producción defectuosos. En una palabra, *verdadero estado colonial de factorías dependientes de colonizadores atrasados.*

(16) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 95.
(17) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 24.

Así ve el problema de esta América, Sarmiento, cuando sale al encuentro de la civilización, que él sabía de cierto "que en la República Argentina terminaba en el arroyo del Medio" (18). "En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea. Una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores" —escribe en "Facundo" (19). En el resto de los países de América la realidad era la misma. De la Jura de nuestra Constitución en el año 30, al Gobierno de Giró en el 52, hubieron cuatro revoluciones. Del 52 al 75 sucederían ¡quince revoluciones más! (20). En 1876, en el examen que Varela efectúa de nuestra realidad económico-social, —al igual que lo hecho por Sarmiento—, hay un párrafo verdaderamente patético. "¡Tenemos millones de vacas en nuestras estancias y necesitamos importar jamones, carne y leche conservada, manteca y queso! El trigo crece vigoroso con sólo escarbar la tierra y tirarle la semilla, e importamos al año harinas por valor de centenares de miles de pesos. Los higos se pierden en las higueras y las uvas en las parras por no querer o no saber usar de ellas y entre tanto importamos al año pasas de higo y de uva por valor de millares de pesos y el vino figura en primera línea entre los artículos de consumo que pedimos al extranjero... ¡Qué más! Si hasta importamos suelas de la República Argentina y cientos de miles de zapatos del extranjero mientras enviamos a Europa los cueros de nuestros ganados secados al sol o conservados en salmuera" (21). El examen sociológico de Sarmiento se había adelantado a todos. No quedaba en los límites de la frontera de su país. Por eso, su influencia después, va a ser necesariamente continental.. El es el pionero, el que abre la primera ruta para el advenimiento de la gran burguesía en el Río de la Plata. El había palpado allá en los Estados Unidos lo que puede

(18) Sarmiento: "Facundo". Pág. 16. Colec. Universal.
(19) Sarmiento: "Facundo". Pág. 16. Colec. Universal.
(20) J. P. Varela: "La Legislación Escolar". Pág. 31. D. G. de Inst. Primaria.
(21) J. P. Varela: "La Legislación Escolar". Pág. 32.

Octubre 1968

una producción en manos hábiles. "Las fuerzas productivas de la nación —escribe— dependen menos de la *feracidad del suelo* que de *la capacidad de los habitantes*". (22) La nueva mercancía del capitalismo es la *fuerza del trabajo*. El también lo sabe, ya lo veis. Y "la fuerza del trabajo es la capacidad del hombre para trabajar, su capacidad para la actividad productiva" (23), enseña el concepto materialista. Y Sarmiento agregaba: "todos estamos de acuerdo sobre la ineptitud de nuestras masas" (24). Así vió cómo el burguesismo americano se servía hábilmente de esta palanca, la educación, para aumentar sus medios productivos. De ello nos da ejemplos casi increíbles, repetidamente. No hablaré ya de legados como el de Girard en Filadelfia, que dejó tres millones de pesos para la fundación de un colegio, o el de un vecino de Wáshington, que legó al Congreso millón y medio para el mismo fin..." (25), dice en su informe al Gobierno Chileno, en el capítulo "De las rentas" en que se leen datos como este otro: "Una mitad del producto de las ventas de tierras está destinada en Massachussets al aumento del fondo de escuelas que se distribuye en las ciudades" (26), etc., etc. Por eso mismo es que en su informe esta sola y honda preocupación le da características. Y va a ser, además, el ariete con el cual va a golpear eternamente ceñudo. "El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción, y de dirección, aumentando cada vez más el número de los individuos que las posean" (27). Y la única manera de colaborar con estas fuerzas de producción era entonces derramando la instrucción entre la clase trabajadora. Así, solamente así, "se puede obviar a la insuperable dificultad que a los progresos de la industria oponen la capacidad natural de nuestras gentes" (28). Así hablaba Sarmiento. De acuerdo con lo que habló, realizó. No nos quejemos si ese formidable movimiento que iba a impulsar como a la montaña, quien se reconociera a sí mismo Sísifo moderno, iba a dar resultados como éstos que leo ahora, aterrado: "Más de un millón de niños no concurren a la escuela.... Cuarenta mil maestros desocupados, etc." afirma vuestro Ministro de Instrucción (29). Y este otro: "Hay más de mil millonarios en la Argentina", afirma vuestra oficina de rentas (30). Y todavía este otro que me habéis de contestar: ¿A cuánto ascienden los miserables, los desocupados y los analfabetos en la Argentina, lo que no he leído en ninguna estadística? No nos quejemos de él. Cada hombre en su tiempo se salva por la dignidad de la vida que vivió. Ni tampoco intentemos corregir el proceso histórico, ni siquiera exigir al olmo la fruta que no pudo o podía dar. El lógico desarrollo de la historia es lugar común ya. Después de la colonia, la industria; después del feudalismo, la burguesía...

Y he aquí que veinte años más tarde vuelve a ir a Estados Unidos. El desasosiego de Sarmiento ha crecido como en delirio de alta fiebre. "Un volumen necesitaría escribir para comunicarle mis impresiones de quince días. Es un año de vida acumulada en horas, como en los delirios de la fiebre" (31), escribía a la "muy querida Aurelia Vélez, en junio del 65, tal como anota en su biografía, Ponce. Tanto vivió, aprendió, "hurgó infatigable los secretos de la escuela" (32) que escribió el volumen LAS ESCUELAS, BASE DE LA PROSPERIDAD Y DE LA REPUBLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS. Y lo escribió con la

(22) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 29.
(23) Leontiev: "Economía Política". Pág. 70. Edic. Frente Cultural. Méjico.
(24) Sarmiento. "Educación Popular". Pág. 29.
(25) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 70.
(26) Sarmiento: "Educación Popular" Pág. 81.
(27) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 23.

(28) Sarmiento: "Educación Popular". Pág. 29.
(29) Dr. Coll: "Discurso en San Juan". "Crítica". 2 de setiembre de 1938.
(30) D. de Impuestos de Réditos. "Hay más de mil millonarios en la Argentina". "El País". 4 de setiembre de 1938.
(31) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 192. Edic. citada.
(32) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 193.

misma fe que el FACUNDO. "Quería el libro, escribilo con amor como el FACUNDO. Sentía que era bueno" (33). LAS ESCUELAS es un libro de energía densificada. Parece de un profesor de energía americano que tuviera además un pensamiento como una bandera para clavarlo en una montaña. Groussac definiéndolo, definió todo Sarmiento: "gastaba energía de guerrero para su obra de concordia y pacificación" (34). Este libro es de un guerrero a la usanza nueva. Y a través de la densidad de sus cifras sobre el desenvolvimiento económico de los Estados del Norte y del Sur, de Illinois y de Missouri, De Massachussets y Nueva York, en sus relaciones con la educación; a través de su informe a la obra reformista de Horacio Mann, hecha de tan viva carne: congresos y reuniones de maestros, inauguraciones de escuelas y publicaciones por ciento; a través de su ilimitada admiración por esas cifras en que se afirma la gran palanca, a los montos de recaudaciones y legados tan grandes como frecuentes, a través de todo ese informe en que hierve entero los Estados Unidos, él comprueba que "un buen sistema general sólo ha necesitado diez años para cambiar completamente la fisonomía del País" (35). No escapaba a su genio constructivo que esas 23.000 patentes de invención expedidas en un año; que esos 34.000 kilómetros de vías férreas que movilizaban ganancias anuales, para el Estado, superiores a 700 millones de pesos (36); que esa liberación de la mujer que alcanza a obtener 100.000 diplomas de maestras (37); que esa angustia que demostraba Horacio Mann en 1837 porque existían solamente 360 bibliotecas populares en Massachussets... cuando en los 20 millones de toda América no alcanzarían a 30 (38); que esa simple estadística del Estado de Rhode Island:

(33) Sarmiento: "Las Escuelas". Ob. Completas. T. XXX. Pág. 7.
(34) Sarmiento: "Las Escuelas". Ob. Completas. T. XXX. Pág. 7.
(35) Sarmiento: "Las Escuelas". Ob. Completas. T. XXX. Pág. 54.
(36) J. P. Varela: 14.a Carta. "El Siglo". 2 de abrli de 1868. B. Nacional.
(37) J. P. Varela: 15.a Carta. "El Siglo". 17 de abril de 1868. B. Nacional.
(38) C. M. Ramirez: "Bibliotecas Populares". "El Siglo". 12 de setiembre de 1868.

175.000 habitantes sostienen más de 500 escuelas gratuitas, pagan 700 maestros y educan a 40.000 niños (39) y muchos otros datos alarmantes que él los repite sin cesar en LAS ESCUELAS y que aquí los reproducían en Montevideo, todos, eran obra de la educación. Aparentemente confundía el efecto por la causa. La educación que él veía como motor de la sociedad, no eran más que nua consecuencia de la creciente productividad de su industrialización progresiva. Y decimos aparentemente, porque al transcribir el informe del G. de Massachussets, nos proporciona datos tan seguros como éste: "En 1837, el poder productivo del Estado de Massachussets, era de 86.282.616 pesos por año, o sea 125 pesos de producido por cada persona; mientras que en 1855 la producción anual alcanza a 295.820.681 lo que corresponde con el aumento de población a 272 pesos por cada persona, incluyendo los niños" (40). Y cuando termina sus conclusiones en cifras, agrega: "De todo lo que resulta, en definitiva, que la acumulación de riqueza y la productividad anual de cada individuo, marcha en la misma proporción en Massachussets que el aumento de las escuelas y la difusión de la enseñanza" (41). Y todavía Sarmiento nos dice más adelante, cuando su conferencia a los Normalistas de Montevideo, a qué se debía —por ejemplo— la liberación de la mujer americana. "Pasé luego en mi visita de educación a Estados Unidos —les dice— y asistí a los cursos de la 1ª Escuela Normal de Mujeres que se fundaba. El motivo era *puramente pecuniario*. Los maestros varones cuestan caros. Las mujeres que no tienen profesiones en la sociedad, y a quién están vedados los empleos, podían enseñar, instruyéndoseles se entiende, por la *mitad del precio de los varones*" (42). Sarmiento sabía pues, que el sentimien-

(39) "Gran Asoc. de H. de la Ed. Pop.". "El Siglo". 20 de setiembre de 1868.
(40) Sarmiento: "Las Escuelas". Ob. Completas. T. XXX. Pág. 41.
(41) Sarmiento: "Las Escuelas". Ob. Completas. T. XXX. Pág. 41.
(42) Sarmiento: "Discurso a las alumnas delX Inst. Nac. de Montevideo". Ob. Completas. Pág. 150.

to liberador de la mujer de que se jactaban los filantropistas americanos y fomentaban las autoridades nacionales, y que llevaba a Estados Unidos a dar ese tan grande y primer paso en el mundo, no era un sentimiento puramente generoso. Como no era puramente generoso ningún impluso educador del gran país del Norte. Significaba que esa industrialización necesitaba la multiplicación de los brazos. Significaba que ello acarreaba un aumento de "la fuerza de trabajo" que era necesario neutralizar depreciando esa *mercancía*, eliminándola o supliéndola. Por eso la mujer alcanzaba en la Unión ese rango de liberación aparente. Y en estas deducciones no queremos ir más lejos. Nadie pretende entroncar sus conceptos con el materialismo que desconoció sin duda. Eso, por lo demás, especie de enfermedad corriente entre quienes estudiamos, sería, como en este caso perfectamente especificado, absurdo. Lo que nos importa a través de todo este examen, es determinar, concretamente, la conciencia de su realización en la obra de sus tantos años de educador. Es todo eso mismo su preocupación. Sobre eso insiste en su discruso del 30 de agosto del 68, cuando hablaba a la manifestación a su arribo a Buenos Aires, electo presidente, y contestaba con el mayor elogio que podían hacerle quienes con ello, quisieron denigrarlo. "Al principio de la lucha electoral que ha concluído, un diario de esta ciudad combatiéndome, decía: *¿Qué nos traerá Sarmiento de los Estados Unides si es electo Presidente?* Y el mismo se contestaba: *Escuelas, nada más que escuelas...* (43). Y luego de analizar áspera y crudamente las causas de nuestro coloniaje de entonces, agregaba, ratificando su idea tan largamente acariciada: "Para tener paz en la República, para que los montoneros no se levanten, para que no haya vagos, es necesario educar al pueblo con toda la democracia, enseñarles a todos lo mismo para que todos sean iguales. Necesitamos hacer de toda la República una escuela, sí una escuela" (44). Extraordinario caso de hombre que sobrepu-

(43) Sarmiento: Discurso del 30 de agosto de 1868. "El Siglo". 3 de setiembre de 1868.

(44) Sarmiento: Discurso del 30 de agosto de 1868. "El Siglo". 3 de setiembre de 1868.

so su profesión de maestro, su aptitud de educador a todos los demás cargos, incluso al de primer jefe de una nación de tal magnitud. Su burguesismo es de una nobleza progresista, imposible de desconocer. Hay quienes se perpetúan por haber faenado millones de cerdos en un año. Quienes por haber pago la masacre de obreros en un 1º de mayo en la Plaza de Hymarket. Otros por haber acumulado millones como "mercaderes de la muerte" y luego repartirlos en premios Nobeles de la paz y de la cultura. Y otros, como el caso Sarmiento, por haber fundado escuelas, por haber impulsado la cultura y tratado de dar conciencia a la clase trabajadora con estos medios. Esta también es una misión histórica de incalculable trascendencia. "La bruguesía fué una fuerza revolucionaria en relación a su época —por ejemplo con respecto al feudalismo— dice Gorki, y contribuyó a la elevación de la cultura nacional y de las fuerzas de las masas obreras" (45). Y si hay burguesías que fueron conservadoras en extremo, aún dentro de su revolucionarismo, otras, en cambio, fueron más liberales y progresistas. A éstas últimas perteneció, sin duda, Sarmiento. El mismo se proclamaba a si un "liberal gubernista". De esa clase de burguesía iba a salir, por lo demás, la fuerza poderosa del proletariado americano que tiene, ciertamente, parte del porvenir del mundo, entre sus manos. Nos importaba destacar, pues, claramente, el rol que debía desempeñar Sarmiento en la burguesía en Sud América. Porque nadie mejor que él, de extracción pobre, de poderosa intuición sobre el futuro de este continente, de tenacidad que llega casi hasta la locura, para ser su portavoz y el influjo de su constante realización.

Y aquí volvemos entonces a nuestro punto de partida, aduciendo que, hablar solamente de "Sarmiento educador", significaba hacer la revisión muy esquematizada del movimiento cultural burgués en el Río de la Plata, en cuya zona de acción, obedeciendo a las mismas causas y contur-

(45) M. Gorki: "Panorama de la literatura mundial". Congreso de escritores Soviéticos. Pág. 26. Edic. C. T. I. U. Montevideo.

bado por los mismos problemas casi, está nuestro país, que, desde muchos puntos de vista, continúa aún hoy siendo una especie de provincia argentina, a pesar de la opinión contraria de los uruguayos que me oigan aquí.

Aquel capítulo sobre "Argirópolis" o "la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata" en la Isla Martín García, era, en cierto modo, una solución idealista, que le sirve para soñar a Sarmiento, con la ingenuidad de un niño, en las generaciones conformadas a otras ideas y costumbres, por el solo hecho de usar botes en lugar de caballos, para pasearse los jóvenes... (46) pero no dejará nunca, de ser, el hecho de la desvinculación internacional, más aparente que real. Y esta gravitación presente y futura la había visto, claramente, Sarmiento, también. Y he aquí, señores, que entonces, entramos en la materia directa de nuestro trabajo. Eso que Vds. esperarían desde algunos instantes, quizá con cierta impaciencia ya. Y en este sentido particular de su gravitación, en nuestra Reforma, hay un cúmulo tan grande de relaciones entre Sarmiento y nuestro Reformador, don José P. Varela, liberal progresista, semejante hasta en que ambos no eran doctores y en que se iban a echar a los doctores encima, que no podemos menos de dejarlas perfectamente establecidas. Nunca con ánimo de menoscabar la obra de nuestro Reformador y si de que aparezca en toda su magnitud la eficiente influencia de quien superando la designación histórica del padre, podría ser llamado "Sarmiento Continente". Porque como el autor de *Facundo,* Varela, fué zarandeado por la marea constructiva de los Estados Unidos, apreció a su lado, el sentido de su progreso. De todo el espectáculo trasnochado de Europa no quedaba en sus ecos recogidos en el diario *"El Siglo"* nada, después de las cartas sobre el coloso americano, "el país de hierro" como cantara Darío a la patria de Whitman. Allí Varela, lírico joven de veintidós años, en escala comercial de Europa al Sur, no obstante, dejó enmohecerse

(46) Sarmiento: "Argirópolis". Pág. 106. Ed. Claridad.

por unos días en una imprenta, sus "Ecos Perdidos" que repasara Hugo, "a quien admiraba como a un Dios" (47) en su destierro de Guernesey, y confiadamente le impulsara a publicarlos porque "tenía de la materia de poeta... y que le aseguraba porque el herrero tenía por que conocer su oficio" (48).

Porque en este país que vislumbraba ahora el joven Varela restregándose los ojos a cada paso, renacía, de las fuerzas entregadas del occidente, el alba de un mundo que él ignoraba hasta dónde alcanzaría a llegar aún. Pero sigamos cierto orden de estas relaciones, de tiempo, por lo menos.

Varela nació en 1845. Al año siguiente su padre, don Jacobo D. Varela, tradujo "La enseñanza de la lengua materna" del Padre Girard, el primer libro de pedagogía que se ha publicado en el Río de la Plata" (49). Algo de pedagogía hervía en la sangre de los Varelas. Cuatro años después de su nacimiento, Sarmiento publicaba en Chile, su libro fundamental *De la educación popular.* No anotamos este dato por simple coincidencia. La primera cultura que recibió José Pedro, aparte de la gramática de su época, fueron los libros traducidos por su padre para la Biblioteca de "El Comercio del Plata", el diario que publicaba el famoso Florencio Varela, tío del Reformador. Como Sarmiento en Chile, los Varelas, eran proscriptos en Montevideo, de la tiranía rosista. En las Páginas Póstumas de Sarmiento encontramos localizados entre "los emigrados" a los Varela: "poetas menores de aquella familia de Gracos que dió a las musas poemas y tragedias clásicas, pechos y gargantas de martirio" (50). Y aludiendo en especial a José Pedro, Sarmiento dice que fué "el apóstol de la educación primaria en el Uruguay y murió de fatiga sobre la brecha... etc." (51).

(47) J. P. Varela: "Ecos Perdidos". New York.
(48) J. P. Varela. "Ecos Perdidos".
(49) M. Herrero y Espinosa: "Historia de don J. P. Varela". Págs. 1-7.
(50) Sarmiento: "Campaña del E. Grande". "Los emigrados". T. XIV. Pág. 398.
(51) Sarmiento: "Campaña del E. Grande". "Los emigrados". T. XIV. Pág. 398.

Florencio Varela fué asesinado por los federales en las calles de Montevideo, tres años después que el "salvaje, aleve y traidor" Sarmiento, contestara ese título del tirano, con su *Facundo*, "cartel de desafío clavado en la puerta de la embajada rosista", como lo define Ponce. (52)

Varela en sus quince años era dependiente de comercio Poco más o menos a esa edad lo había sido Sarmiento. Como el comercio no era su fuerte, ni su vocación, ni los clientes menudearan, la lectura era una escapada. De esa misma manera, huía de la ignorancia también el muchachón morrudo, de belfo grueso, de "ojos de moscatel" en camisa de lienzo y pantalón de bayeta, acodado sobre el mostrador provinciano. Varela, como Sarmiento, leía, leía. En seis años aprendió tres o cuatro idiomas. Se instruyó. En 1866, apareció "La Revista literaria". Y el seudónimo Cuasimodo escondía su pudor de poeta romántico, a veces; de escritor y crítico, otras. Así se reunieron sus "Ecos Perdidos" con los cuales, debajo del brazo, un día, partió para la isla del patriarca francés. De regreso publicó en Nueva York sus poemas, y ahora con su volumen marchó a conocer a don Domingo Faustino Sarmiento, cuya fama había trascendido ya todas las fronteras de América del Sur. Y ahí se conocieron. Faltan antecedentes más concretos de esta entrevista en que se decidiría el destino de nuestro futuro. Pero algunas palabras de Sarmiento mismo, nos basta para reconstruirla. Frente a él, un hombre experiente y marcado de cicatrices del tiempo y del camino, estaba ahora, lleno de admiración y respeto, un jovencito demasiado severo y criterioso para su edad, desorientado en cuanto a acción futura, pero que quiere ser útil. Que desea ser útil porque siente extrañamente que por algún lado se le escapa la vida con rapidez. "Preguntando un joven a una persona más experimentada a qué ramo consagraría su estudio durante su viaje a Estados Unidos, "a la educación común", le fué contestado. Es lo único que puede importar en su país que haya de atraer-

(52) A. Ponce: "Sarmiento". Pág. 97.

le las bendiciones de sus compatriotas" (53). Esta es la clave. "A la educación común", nos dice Sarmiento en su discurso contestando a Carlos María Ramírez cuando sus vacaciones de febrero del 87. Se nos asegura que existe correspondencia inédita, sobre ésto aún. La ausencia actual de su hijo José Pedro, poseedor de ese material, me ha impedido revisarla. Pero no sé que podría agregar de nuevo a estas documentaciones que citamos.

Ahí, en nueva York, le dió Varela su libro de poemas. Y Sarmiento, un día hace bibliografía de libros americanos, entre las tantas cosas que hace. "Diríase al leer la nomenclatura de los libros que nos llegan de los extremos del continente —escribe— que la América esté de plácemes, coronada la sien de rosas, cantando las felicidades presentes y deleitándose en la espectación de las futuras" (54).

¡Enorme verdad ésta que aplica al analizar el libro de Varela! Es la historia de siempre. El viejo divorcio del escritor con la realidad que vive. Y estas páginas críticas de Sarmiento nos ayudan tanto como a fijar su concepto realista, como para criticar una vez más, toda esa falsa literatura de todos los tiempos. El caudillismo devoraba a América; las guerras, la ignorancia, la miseria moral, cavaban a América por los cuatro costados; mas los jovencitos seguían cantando como las alondras, armoniosa, felicísimamente. Nada era más evidente que el divorcio de todos ellos con la realidad que vivían. Exactamente nos sucede ahora, aun con algunos poetas y escritores. "En medio del continuo estruendo de nuestras luchas civiles, —dice Sarmiento transcribiendo el prólogo de Varela—, preguntaría alguno (por ejemplo, nosotros) ¿qué representa, qué es un libro de poesías echado en la corriente?" Y Sarmiento agrega: "Don José Pedro Varela, contesta por todos los poetas americanos: "Es una aspiración a tiempos mejores".

(53) Sarmiento: "Discursos populares". "Contestación al discurso de bienvenida del Dr. C. M. Ramírez". Ob. Completas. T. XXII. Pág. 88.

(54) Sarmiento: "Bibliotecas Populares". Ob. Completas. T. XXX. Páginas 334 en adelante.

"A pesar de las nubes que pueden amontonarse sobre un cielo —continúa transcribienlo el prólogo de sus *Ecos Perdidos*— una época brillante se acerca a nuestro país. Fácil es presentirla. Se le ve venir. Para que la República del Uruguay sea un digno émulo de los Estados Unidos, sólo es necesario que el transcurso de algunos años nos dé un poco menos de desierto y un poco más de civilización, o más bien algunos *gauchos* menos y algunos pensadores más". Hasta aquí el prólogo de Varela. Y Sarmiento comenta entonces: "Nosotros contestaríamos a la pregunta del poeta con nuestra prosa desaliñada como el rudo vestido del labrador. Tantos libros de poesías, de poesías sólo, arrojados a la corriente en América, significa lo mismo que las frutas y flores que arrastran consigo los ríos y engalanan las superficies de las corrientes de agua en medio de nuestra selvas primitivas; significa que hay una lujosa e inútil vegetación y que el trabajo humano escasea para hacer de aquellos dones así prodigados, una bendición para el hombre". Y todavía al poeta que quiere ser útil le grita: "¡Comienzos, no olvide! Un libro de poesías es una carátula. Víctor Hugo mismo, el gran poeta, Lamartine, el autor de las "Meditaciones", dejaron en la edad provecta de rimar sus versos desde que se apercibieron de la majestuosidad de las cosas reales de la vida. La gran poesía de nuestro siglo es el trabajo. ¿Qué es Dickens escribiendo sus novelas? El talento que se hace pueblo para iniciarlo en el complicado estudio de la naturaleza o de la historia humana" (55). Y Varela no olvidó estos conceptos. Y dejó de "componer carátulas". Trató de escribir el libro a través de todos sus libros. La influencia de estos conceptos había sido tan fuerte, que ese mismo año, Varela, repetiría aquellas sus palabras en un artículo comentando su discurso —precisamente cuando fué electo Presidente, Sarmiento. "Léanse la mayor parte de nuestras publicaciones —escribe— y os figuraréis que navegamos en un mar de rosas; que todo nos sonríe y nos halaga... caminamos hacia la barbarie,

(55) Sarmiento: "Bibliotecas Populares". Ob. Completas. T. XXX. Páginas 334 en adelante.

dice, sin embargo, el señor Sarmiento" (56). Aquellos "Ecos perdidos" eran, sin duda, como el polvo del cual se sacude el hombre antes de ir a otra cosa. Después, fervor y constructividad, "la gran poesía de nuestro siglo". El poeta era la construcción. El casi místico fervor de Varela era la presencia del conocimiento. Un hombre sin pasión, frío o analítico, sin una sensibilidad aguzada, no hubiera realizado en diez años, lo que realizó Varela. Ni hubiera muerto con tal madurez y seguridad a los treinta y tres años, como Varela.

Jesualdo

(56) J. P. Varela: "Domingo F. Sarmiento y la verdadera demagogia". "El Siglo", 3 de octubre de 1868. Biblioteca Nacional.

NOTAS

EL ANTISEMITISMO EN LA ALEMANIA NAZI

(Escrito sobre la base de un discurso pronunciado en el Ateneo el 19 de noviembre de 1938).

Si alguien me hubiese dicho, hace seis años, que yo tomaría una posición contraria a Alemania, mi única respuesta posible a tal sugestión, habría sido una reacción violenta. Si antes del encumbramiento de Hitler, a algún individuo se le hubiese ocurrido sugerirme que en Alemania, serían posibles estos hechos que hoy la cubren de oprobio y de vergüenza y que me obligan a tomar pública actitud en el extranjero contra el gobierno de mi patria, yo lo consideraría a tal individuo demente o ausente de juicio. Si a alguien se le hubiese antojado decir hace seis años, cuando estaba sentado en "Deutsche Haus" de Düsseldorf, tomando mi chope de cerveza con mis compañeros —nacionalistas alemanes como yo, en aquel entonces— que éste u otro camarada mío, cuyo idealismo yo apreciaba, llegarían a ser personalidades dirigentes de una organización criminal, como lo es hoy día el partido nazi, mi reacción más enérgica no se hubiera dejado esperar.

Entretanto es muchísimo lo que se ha modificado. El cambio de la situación tomó un cariz tal, que produjo una reacción recia en sentido opuesto, la que me llevó a mí, entre otros, a España, donde tuve oportunidad de combatir como soldado contra las fuerzas deshumanizadas.

Hoy estoy con vosotros, demócratas uruguayos, para enjuiciar y condenar los crímenes de un gobierno despótico y brutal que se ha adueñado de los destinos de mi patria. He aceptado gustosamente vuestra invitación a expresar mi protesta, como alemán demócrata, contra esta ola de salvajismo con que inunda el nazismo a Alemania, porque entiendo que con mi actitud defiendo a la verdadera cultura alemana y el buen nombre de mi pueblo, cuyo despertar espero no tardará en producirse.

No hay que ser un filo-semita o un expreso amigo de los judíos, no hay que ser alemán, inglés, francés, o uruguayo para sentirse horrorizado e indignado por lo que pasa hoy con los judíos en la Alemania de Hitler. Para levantar la voz de protesta contra un crimen como éste, con pocos o ningún precedente en la historia humana, una sola condición es necesaria: ¡ser hombre!

Basta poseer un mínimo de sensibilidad humana para erguirse y rebelarse contra tanta crueldad, contra tamaña iniquidad, contra tanto ultraje a la criatura humana, sea ella del origen racial o étnico que sea. Con más razón quizás que vosotros, he venido a adherirme a este acto de protesta, porque además de ser hombre, soy también alemán y mi conciencia como tal me dicta y exige hacer público mi repudio a un régimen político que ha cubierto de lodo a Alemania. Es deber esencial de un demócrata alemán estar en la primera fila de combate contra el hitlerismo, enemigo del pueblo alemán y de la humanidad entera.

Y si he venido acá en mi doble calidad de alemán, y de demócrata, como tal he de seguir exponiendo mis ideas. Quizás algunos de vosotros creen que únicamente el pueblo alemán es capaz de estos actos de robos y asesinatos a mansalva. Tal opinión carece de base, es completamente equivocada. El crimen no es patrimonio de pueblo alguno, pero sí de regímenes sociales y políticos. No es el pueblo alemán —tan bueno como los otros—, el culpable de las atrocidades cometidas, sino y exclusivamente el régimen al cual está sometido, es decir, el fascismo. Un gobierno que ha monopolizado todo el aparato de propaganda, que ejerce un riguroso contralor sobre la opinión y los sentimientos del pueblo, que administra diariamente y sin descanso su dosis de odio y de enemistad al ciudadano, concluye por desviar la conciencia humana, como logra un torrente de agua taladrar una roca. El aparato demagógico de propaganda nazi, con sus métodos refinados, con sus ilimitadas posibilidades ha casi privado a una parte del pueblo alemán de su propio juicio. Son Goebbels y sus compañeros los que se encargan de pensar por la nación alemana y si alguien lo pretende hacer por su propia cuenta, sea él "ario" o semita, su voz es ahogada en sangre por la Gestapo. No obstante eso, hay gente en Alemania que piensa y que sacrifica su vida por la libertad y el bienestar de su pueblo. Si vosotros, aquí reunidos, pensáis que, por gigantesco que sea el aparato gubernamental de propaganda fascista, os mantendríais inmunes contra su prédica, os digo que estáis equivocados. Como prueba os ofrezco esta triste realidad: que hay muchos ciudadanos, acá como en otras partes, que se dicen demócratas, que se creen anti-fascistas y anti-racistas y sin embargo niegan su ayuda al heroico pueblo y gobierno españoles, porque el aparato de propaganda fascista ya ha influenciado sus cerebros y ellos repiten ciegamente lo que dicen Hitler y Mussolini, que el gobierno legal de España es dominado por los bolcheviques.

Aunque se encuentran separados de Berlín, Roma y Burgos por océanos y tierras, la propaganda nazi-fascista ha logrado esclavizar sus espíritus. Estos ciudadanos de los países democráticos, han caído víctimas del mismo engaño y artificio que el pueblo alemán esclavizado y denigrado.

El mayor demagogo de todos los tiempos, Hitler, dice en su testamento, "Mi lucha": "La mentira más grande se erigirá en una verdad para las masas, a condición, que se insista lo suficientemente en la mentira".

De ahí es fácil sacar la conclusión de que si la propaganda nazi insiste mucho en una tesis, esta es falsa. Antes del golpe de Estado, Hitler decía y repetía sin desfallecimiento que iba a defender la cristiandad contra el comunismo.

Hoy, después de cinco años de gobierno, el mayor enemigo del cristianismo es el señor Hitler, persiguiendo con saña tanto a católicos como a protestantes. Y si habla de paz, sepan que prepara la guerra. Si dice que no tiene más pretensiones territoriales, sepan que está preparando otro zarpazo. Si habla de teorías raciales, él mismo no cree en ellas, pero sí las necesita para su política de saqueo y de engaño al pueblo alemán. Si la consigna nazi: "Los judíos son los culpables de todas nuestras desgracias" es propagada diariamente por la prensa, por la radio, por murales, y volantes, en las escuelas y en las asambleas públicas, en los clubs, en los teatros y en los cines, esto es la mejor prueba de que el racismo es una doctrina falsa, carente de base, que es una mentira que puede imponerse a los hombres solamente por la fuerza de la insistencia.

Y para terminar, debo decir que no es suficiente asistir a un acto de protesta contra el nazismo, para combatir a este enemigo de la humanidad. ¡No! Es necesario obrar diariamente, es preciso que cada uno de vosotros se convierta en un combatiente antifascista para que la democracia venza, para que se imponga sobre su bien organizado enemigo. En la historia contemporánea hay un ejemplo elocuente y grande, es el heroico pueblo español que con sus vidas opone una valla insalvable al avance del agresor fascista alemán e italiano. Si vosotros queréis que las escenas —denigrantes para la dignidad humana— del salvajismo nazi no se repitan en otras partes, luchad activamente y derrotad en todos los terrenos al fascismo. Apoyad al pueblo español que lucha por su libertad y por la vuestra; no compréis mercaderías de procedencia fascista, sean ellas de Alemania, de Italia o del Japón. Luchad contra la penetración fascista en vuestro país, para que viva la España republicana, para que viva la humanidad y para que muera el fascismo.

Ernesto Bauer

GEORGE BERNANOS ESCRIBE PARA "SUR"

Hace algunas semanas partía para el Paraguay, ese Paraguay que el diccionario Larousse, de acuerdo con Le Bottin, califica de Paraíso Terrestre. No he encontrado allí el Paraíso Terrestre, pero bien sé que no he terminado de buscarlo, que lo buscaré siempre, que buscaré siempre esa ruta perdida, borrada de la memoria de los hombres. Pertenezco probablemente por nacimiento, al pueblo que espera, a la raza que no desespera jamás , para la cual la desesperación es un vocablo carente de significado, análogo al vocablo vacío. ¡Y somos nosotros quienes tenemos razón! Cuando contaba diez años, algunos señores muy prudentes, y generalmente condecorados, experimentaban la necesidad de soplarme al rostro el olor de su cigarro, fingiendo enternecers ante las "encantadoras ilusiones" de la infancia. Y bien, ha llegado para mí el momento de enternecerme ante sus propias ilusiones. Veo el mundo que ellos han hecho, en donde he vivido, en el que vivo aún, y la sola desgracia a la que no me resigno es de morir en él. Pero quizá este mundo muera antes que yo.

Tales palabras, cuando se las comprende mal, me hacen pasar por un rebelde. Pero no soy en absoluto un rebelde. Creo firmemente que un hombre digno, tanto en su vida privada como en su vida pública, debe ante todo aceptar humildemente, virilmente, las condiciones particulares que le son impuestas por su medio y por su tiempo. El simple catecismo, al cual es menester ceñirse desde que se quiere entrar nuevamente en el buen sentido, escapar a los doctrinarios de uno u otro bando, a los Tontos de la Moral y a los Tontos de la Estadística, nos enseña que un cristiano debe, no importa donde Dios lo haya colocado, "trabajar en su salvación". Trabajar en su salvación, salvarse. Siempre habrá un cierto número de cristianos para dar a esta última expresión el sentido de "¡Sálvese quien pueda! ¡Salgamos de allí como podamos!" Pero un cristiano no se salva solo. Unicamente se salva salvando a los demás. He conocido un viejo militar retirado, caído en la devoción como un viejo abejorro de otoño en un pote de miel. Llegado a la vida religiosa demasiado tarde para resignarse fácilmente a los estudios elementales indispensables y habituado por su antigua profesión a resolver los problemas desde un punto de vista extremadamente concreto, discurrió anotar en un registro, cada noche, el total de indulgencias ganadas en el curso de la jornada Treinta das por aquí, quinientos por allá. Al cabo de pocos

meses había obtenido un total impresionante, tanto más cuanto que su experiencia le permitía elegir las combinaciones más ventajosas, evitando las pérdidas de tiempo y desdeñando los provechos insignificantes. Tuvo felizmente la idea de verificar su contabilidad por un religioso a quien también conozco, el cual, luego de haberlo sermoneado dulcemente, arrojó al fuego su libro de cuentas.

Se dirá que contando esta historia perjudico a los verdaderos devotos. Eso ya se decía en los tiempos de Molière. Los verdaderos cristianos, sin embargo, disponen de un medio muy eficaz para distinguirse de los otros: sólo tienen que practicar la caridad, la caridad del corazón, la única que Tartufo no puede fingir, porque si bien Tartufo es capaz de dar limosna, no puede en cambio amar. El don de sí mismo es un testimonio bastante evidente de la verdad que pretendemos servir. Y luego ¡Qué importa! Más vale que cien devotos pasen por Tartufos a que un solo Tartufo pase por devoto. Porque en el primer caso el error no compromete sino la honra de cien cristianos. En tanto que la impostura de un solo Tartufo compromete el honor mismo de Cristo.

Repito que enunciando verdades tan simples, al alcance de cualquiera, no me creo en absoluto un rebelde. Hay en la rebeldía un principio de odio y desprecio por los hombres. Temo que el rebelde nunca sea capaz de llevar tanto amor a los seres que ama como odio a los seres que detesta. Los verdaderos enemigos de la Sociedad no son los que ésta explota o tiraniza. Son los que ésta humilla. He aquí por qué el partido de la revolución cuenta con un gran número de bachilleres sin empleo. No tengo ningún motivo de animosidad contra la Sociedad y si deseo que se reforme o que perezca, este deseo es perfectamente desinteresado. A decir verdad, ella ha colmado mi espera, porque en ningún instante he tenido la idea de pedirle lo que no podría dar: el honor y la felicidad. Dispensa consideraciones y la Academia; yo no deseo ni las unas ni la otra. En cuanto a la fortuna, ¡no hablemos! Soy absolutamente incapaz de enriquecerme bajo ninguna clase de régimen. Creo, pues, haber respetado las reglas del juego. He tenido incluso la coquetería de educar seis hijos en una época en que los padres de familia merecen más que nunca el título insólito que les discernía Péguy, cuando los llamaba "esos grandes Aventureros del mundo moderno". ¿No es acaso un poco cómico oirme tratar de peligroso fanático por graves propietarios, como si nada tuviera yo que defender? Hablan de esta sociedad como de algo que les perteneciera porque le dieron a guardar papel moneda, cuyo curso regla la especulación. Y lo que yo he confiado a la Sociedad, o al menos lo que veo con angustia disiparse entre sus manos, son valores espirituales que a Dios gracias no tienen curso en el mercado de los Bancos, pero que en realidad afianzan todos los otros y sin los cuales nada serían los solemnes imbéciles que me critican.

Tienen incesantemente la palabra *orden* en la boca. ¿Qué orden? Hay un orden cristiano. Nuestro orden es un orden de Justicia. Ruego a los incrédulos que olviden un momento los repetidos fracasos de su realización temporal. Este orden es el orden de Cristo, y la tradición católica ha mantenido sus definiciones esenciales. El cuidado de su realización temporal no pertenece a los teólogos, a los casuistas, a los doctores, sino a nosotros, cristianos, pertenece a cada uno de nosotros. Pero la mayoría de los cristianos parecen haber olvidado en absoluto esta verdad elemental. Creen que el reino de Dios se hará por sí solo, mientras obedezcan las reglas morales, por lo demás comunes a todas las personas decentes, mientras se cuiden de no trabajar el domingo (siempre que sus negocios no sufran por ello demasiado), asistan ese mismo día a una misa rezada y, por encima de todo, respeten a los eclesiásticos, es decir obedezcan los consejos de prudencia en que son naturalmente pródigos los hombres de Iglesia, y, por último, se esfuercen en ignorar, o incluso nieguen descaradamente, todo aquello que podría *"hacer el juego del adversario"*. Tanto vale decir que en la guerra un ejército responde lo suficiente a las esperanzas de la nación si sus hombres están bien pertrechados, marchan al paso al compás de la música y saludan correctamente a sus superiores. Digo, repito, no me cansaré de repetir que el presente estado del mundo es una vergünza para los cristianos. ¿Les fué conferido simplemente el sacramento del Bautismo para permitirles juzgar desde arriba, con desprecio, a los infelices incrédulos que a falta de cosa mejor persiguen una empresa absurda, esforzándose inútilmente en instaurar, por sus propios medios, un reinado de Justicia sin Justicia, una cristiandad sin Cristo? Nosotros, con lágrimas de impotencia, de pereza y de orgullo, repetimos sin cesar que el mundo se descristianiza. Pero el mundo no ha querido recibir a Cristo —*non pro mundo rogo*. Nosotros lo hemos recibido por él y es de nuestros corazones de donde Dios se retira. Somos nosotros ¡miserables! quienes nos descristianizamos. Sé que tales palabras me habrán de valer, una vez más, ciertos honorables rencores... ¡Qué me importa! Si desde hace doce años hubiera escrito novelas en las que dosificara cuidadosamente el adulterio, siguiendo el ejemplo de tal o cual, aquéllos que me censuran me tratarían sin duda con honor y bien pronto podría sentarme en un sillón de la Academia Francesa, entre un Mariscal y un Cardenal, en medio de los aplausos de los "bien pensantes". Andan repitiendo que se exige de ellos virtudes inaccesibles al común de los hombres, en tanto que nada se les pide sino reconocer humildemente lo que son —lo que somos—, mediocres parecidos a los otros, de los que sólo se distinguen por la absurda, por la sacrílega pretensión de pertenecer al grupo elegido, privilegiado de nuestra especie, no obstante proclamar el Evangelio en cada página la ineficacia de la Fe sin las obras, y la justificación

universal, prometida la noche de Navidad, a los hombres de buena voluntad: es esta pretensión lo que el mundo odia en nosotros. Ya no hay pueblo de Dios en el sentido que le daban los judíos, cuando un mal judío podía creerse superior a un *goy* incircunciso. Nada más despreciable que un cristiano mediocre. Cae más bajo aun de todo el peso inmenso de la gracia recibida. Hasta los judíos infieles sufrían el castigo con un corazón más humilde que el vuestro. Aceptaban ver perfectamente en Nabucodonosor el instrumento de la cólera divina, en tanto que vosotros tenéis a vuestros perseguidores por simples agentes de Satán y a las persecuciones por un testimonio infalible de vuestros méritos y de vuestras virtudes. Hacéis ostentación de la sangre de los mártires, como si la sangre de los mártires no corriera sino para vosotros, en tanto que demasiado a menudo sólo corre por vosotros. Hasta el punto que si mañana, *por un imposible*, la perfección de vuestros métodos, el ardor de vuestras milicias deportivas, la disciplina de vuestras formaciones seudomilitares y, por encima de todo, el apoyo —no desinteresado, ¡ay!— de todas las gendarmerías de la tierra interrumpieran esa miseteriosa efusión de sangre sagrada y os aseguraran, con el libre uso de los bienes de este mundo, el ejercicio apacible de una mediocridad ya sin peligros, entonces el nombre mismo de cristianos sólo tendría bien pronto una significación histórica.

Porque me niego a proponer como ejemplo la guerra santa española a los jóvenes católicos franceses, se dirá que desprecio la fuerza. ¿De qué fuerza se trata? Encuentro un poco ridículos a los filósofos para los cuales esta palabra evoca involuntariamente la imagen del militar. Esos señores no rechazarían el examinar objetivamente el caso del usurero judío, por ejemplo, cuya tienda en el centro de una aldea rusa o mora me parece no menos homicida que una ametralladora. Si el usurero es matado a golpes por sus deudores hambrientos se dirá que ha sido víctima de la fuerza. Pero el mujick ruso que se ahorca después de haber debido vender su bien miserable en provecho del usurero es asimsimo una víctima de la fuerza, porque en la inmensa empresa de exterminación del débil —por otra parte indestructible— que se persigue de milenario en milenario, la astucia es seguramente la forma más eficaz de la fuerza. Bien lejos de sentir ningún desprecio por la especie de poder cuyo símbolo es la espada, puedo decir que la honro a la cara de ciertos hombres de iglesia que antaño la desdeñaban en las manos de los príncipes legítimos y hoy la veneran en las de un aventurero gallego dos veces perjuro. Sí, la honro. No es en absoluto a mis ojos el emblema de la fuerza brutal. Es, para un hombre de mi raza, el signo del honor caballeresco, de la Cristiandad Militar, y no afirmo ninguna paradoja al escribir que un tal espíritu nada tiene de común con Maquiavelo y el realismo latino. En la época en que los hombres vestidos de hierro, temibles a caballo, eran por tierra tan inofensivos como una tortuga encerrada en su caparazón, no importa qué realista hubiese comenzado por matar el caballo. ¿De dónde proviene que ese gesto, tan conforme al genio práctico, era entonces tenido por innoble? Cuando un caballero del Temple prestaba juramento de no eludir el combate con menos de tres paganos, hacía algo más difícil las posibilidades entre él y sus adversarios: triplicaba voluntariamente su propio peligro, como si la ley de la Espada, bien lejos de ser la ley de la fuerza brutal ejercitándose con el máximo de eficacia posible, o hasta la del simple "fair-play", no encontrase su arquetipo sino en esa ley más alta de sobrepujarse, de sobrepujar la naturaleza, que es la regla de todo heroísmo espiritual. No pretendo que los Caballeros del Temple hayan siempre razonado como yo acabo de hacerlo. Tan sólo sostengo que ningún hombre de buena fe podría dar el mismo nombre a tipos humanos tan diferentes como el caballero occidental y el mercenario romano, San Luis y Julio César, el Colleone y Juana de Arco. El hecho de que la antigua cristiandad militar expirante en la aurora de los tiempos modernos, se haya reconocido una vez en Bayardo, debería ser suficiente para cerrar la boca a los charlatanes que se niegan a hacer las distinciones necesarias y toman por la espada del Arcángel la sombra de un garrote en el muro. Haré, pues, sin ellos, estas distinciones. Y, si es menester, las haré contra ellos.

Cuando me cuentan que en alguna parte del mundo la Iglesia llama al soldado para su defensa, tengo perfectamente el derecho, ya sea como soldado, ya como cristiano, de interesarme en ese grave acontecimiento. Rara vez la Iglesia llama al soldado. Nada me importa que este llamado esté o no justificado a los ojos del teólogo. La Iglesia, después de todo, no puede desdeñar el recurrir a los medios humanos y me parece tan normal, por lo menos, dirigirse al soldado como dirigirse al banquero. La prudencia, en este último caso, aconsejaría asegurarse de la solvencia del banquero. No sería menos indispensable tomar por adelantado algunas informaciones sobre la especie de guerra que se va a bendecir. Yo no dispongo, naturalmente, de ninguna autoridad para juzgar el manifiesto de los obispos españoles y no me dejaré arrastrar, por otra parte, a controversias cuya sutileza recuerda enojosamente las discusiones sabinianas. Los mismos doctores que encontraban incluso demasiado indulgentes las censuras contra el duelo y tratarían gustosos de asesino al pobre hombre que con toda candidez cree defender su honor en un combate leal, hoy cubren con su rechifla a cualquiera que se levante contra la violencia y, en medio de carcajadas, envían a ese soñador al hospital más próximo a fin de que allí se cure sus nervios. Conmigo no tendrán que tomarse ese trabajo. No soy ni objetor de conciencia, ni demócrata, ni pacifista, ni siquiera vegetariano. He de hablar con imparcialidad. Se han visto muchas injusti-

cias crueles en el mundo y, sin embargo, hace mucho tiempo que las gentes de Iglesia no habían aprobado el recurrir a la violencia. Por una vez que se deciden a bendecir la guerra, está permitido lamentar que esta bendición caiga precisamente sobre una forma nueva y muy sospechosa de la guerra. La guerra total moderna, en efecto, con sus métodos de exterminación, corre el riesgo de plantear bien pronto un grave problema a la conciencia del soldado. Digo "del soldado", nada más. Ni siquiera digo del soldado cristiano. En tanto que ningún jefe hubiera pretendido jamás en otra época imponer a un subalterno en nombre de la disciplina el oficio de espía, reservado a los voluntarios, ¿bastará mañana la obediencia para justificar la matanza de mujeres y de niños por medios en los cuales apenas nos atrevemos a pensar, que asquean hasta a los experimentadores de laboratorios? En su prisa por venir en ayuda del General Franco —cuando, después de la toma de Bilbao, su victoria parecía segura—, el episcopado español parece desgraciadamente no haber asignado mucha importancia a este punto de vista. ¿No es extraño que las gentes de Iglesia hayan demostrado tanta prontitud cuando los mismos soldados vacilan en concluir? ¿Será a veces la prudencia eclesiástica menos escrupulosa que el honor militar?

Se encontrará a estas palabras imprudentes. Son menos imprudentes que el silencio. En lo que a mí respecta, estoy cansado de oírme tratar de pacifista porque me niego a inclinar la tradición militar de mi país ante un pronunciamiento. Es verdad que hoy la opinión francesa parece todavía dividida —aunque infinitamente menos que ayer— sobre la cuestión española. Cuando se hayan apaciguado los odios sociales, nacidos del miedo, se verá que esta división era más aparente que real. Cualquier niño de mi raza vacilaría en dar el nombre de soldado a un general lo bastante lastimoso para traicionar dos juramentos y que desde hace veinticinco meses desvasta su propio país a la cabeza de bandas facciosas, de mercenarios semisalvajes y de extranjeros. En vano se calificarán de "excesos lamentables" las matanzas de prisioneros, la ultimación de los heridos, la colaboración de la tropa y la policía en la horrorosa tarea de purificación de las plazas conquistadas, nosotros sabemos —nosotros, soldados— que los excesos de una verdadera tropa, aún muy graves, guardan un carácter bien distinto, que un ejército que presenta tales síntomas no es realmente un ejército, cualquiera sea el coraje individual y la capacidad de aquéllos que lo componen. Es útil que Francia, con el lenguaje y la imaginación que le son propios, recuerde al mundo estas verdades tan simples. Son verdades humanas. Se expresan naturalmente en el lenguaje humano. Bastan para exasperar a los que han puesto su esperanza en una suerte de orden inhumano, una Grandeza feroz y triste que sobrepasa la medida del hombre. Pero es al hombre a quien Cristo ha venido a salvar, y no al Superhombre.

Cuando me digo realista, comprendo muy bien que esta declaración parezca absolutamente desprovista de interés a los amables argentinos que sólo ven en ella la afirmación de una preferencia política, tan indiferente en sí como lo sería, por ejemplo, el que yo confesase mi gusto por la caza o por la equitación. Olvidan lo que para nosotros representa la tradición monarquista. Ya es algo que mi país haya vivido mil años bajo ese régimen. Pero, a la verdad, no sólo ha vivido bajo ese régimen. El régimen y el país han nacido conjuntamente. El país se ha formado con él, de manera que la historia del régimen es su propia historia — la historia de las instituciones, de las leyes, de las costumbres de la antigua Francia, a quien se llama por otra parte muy injustamente *Vieille France*, puesto que se encuentra casi intacta en la Francia actual. La sensibilidad francesa, en 1789, ya estaba formada desde hacía mucho tiempo, y ciento cincuenta años de aparente reacción contra el pasado no bastan para modificar gravemente nuestras reacciones morales, nuestra concepción particular del deber, del amor, del honor. De modo que el ritmo profundo de nuestra vida interior no es en nada diferente al de cualquier contemporáneo de Luis XVI. En este sentido, se podría decir que todos los franceses son monarquistas como yo. Ellos lo son sin saberlo. Yo lo sé.

Nunca lo supe mejor que en España. La sensibilidad de este gran pueblo es ciertamente muy distinta a la nuestra. Allí donde nosotros nos esforzamos en seducir para convencer, su primer —o quizá su único movimiento— es constreñir. Cuando ejerce esta sujeción contra sí mismo, corriendo el riesgo de aniquilarse —como lo ha hecho más de una vez en le curso de la historia— yo puedo eximirme de juzgarlo. Me opongo a él desde que pretende obligarme a mi vez, desde que pretende hacerme compartir su sueño trágico de una unidad religiosa conquistada, o reconquistada, por le hierro y por el fuego. Venero, como todos nosotros, esos Cristos españoles tan bizarramente desgarrados. Más bien están, allí donde están. No los deseo en una iglesia francesa. Cada uno tenemos nuestro Cristo, pero el Evangelio nos es común. Que ese libro sacro, el único bien de los hombres, su única herencia verdadera en este mundo, sólo sea manchado con la sangre de los mártires. Nosotros no queremos sobre la página blanca, inmaculada de las Beatitudes, la sangre negra de los ajusticiados.

Río de Janeiro, setiembre 15 de 1938.

Georges Bernanos

(De "Sur", de Buenos Aires, N.o 48, setiembre de 1938).

AGRESION FASCISTA Y DESAGRAVIO POPULAR A LA NACIONALIDAD Y LA DEMOCRACIA URUGUAYAS

Sin comentarios, pues son la expresión textual de nuestras ideas, hacemos nuestros estos dos documentos. — E. P. M.

Al País

Nuestra nacionalidad ha sido herida en lo más profundo de sus sentimientos y de su dignidad, en lo que con legítimo orgullo considera, desde sus orígenes, como el espíritu mismo de la Patria, en el sentido más alto, más noble, más depurado y a la vez más amplio, de este concepto —es decir, en su tradición de libertad y de cultura, en su moral y en su decoro, en su siempre abierta, generosa y limpia hospitalidad para el extranjero— por el brutal desborde de provocaciones, de ultrajes y de atentados violentos que la marinería de dos naves de guerra italianas, llegadas bajo la apariencia de una visita sin trascendencia, desató espectacularmente, ante los ojos atónitos de la población de Montevideo, en la más céntrica de sus avenidas y en las horas de máxima concurrencia y de inocente esparcimiento colectivo.

Todo lo inconcebible se vió allí.

En primer lugar, la provocación inicial, que el propio parte policial reconoce al expresar que "al llegar a la calle Ejido, el saludo que hacían los marineros con el que se distingue el fascismo, fué respondido por algunos circunstantes con el puño en alto, lo que tuvo la propiedad de enardecer a algunos marineros que descendieron de inmediato de sus vehículos, originando un tumulto de proporciones", etc. Luego, la cobardía, una doble cobardía, culminada en sus dos opuestos sentidos: al comienzo, la cobardía en el ataque de veinte contra uno, y al final, la cobardía en la fuga, incluso abandonando en el desbande a un grupo de compañeros, cuando la indignación popular puso enérgico e inmediato término a los desmanes, aplicando con hechos, a sus autores, la sanción merecida. Y, entre ambos extremos, el destrozo y la agresión violenta, y una procacidad desenfrenada, el grito soez de ultraje al país y el ademán obsceno para ofender el pudor.

Todos estos hechos, expresión de los impulsos más inferiores, restos del fondo atávico sub-humano, infra-humano y hasta anti-humano, aún no totalmente extirpado de la naturaleza del hombre, tienen una mezcla de espontaneidad y de sistemática y premeditada preparación, que es preciso explicar y a la vez denunciar ante la conciencia nacional.

Ellos respondían, indudablemente, en su conjunto y en su desarrollo general, a una orden preconcebida. Actos de libre iniciativa contra la disciplina, y menos cuando son de tan grave naturaleza y de ofensa a un pueblo extranjero, no se conciben en los cuadros de la milicia fascista, que es sumisión absoluta e incondicional al superior, cuyas órdenes se enseña al niño, desde la escuela, a no discutir, y "jamás las del Duce". Además, todo ese género de provocaciones y de ofensas había venido comenzando a desarrollarse, aunque en grado menor, desde los días anteriores, sin recibir la orden superior y aun el castigo disciplinario que los cortase y que una exigencia mínima de la civilización y de la cortesía internacional reclamaba. Y, sobre todo, la exhibición de esos desplantes a lo largo de nuestras calles, venía acompañada de una propaganda fascista perfectamente organizada y visible, de la cual, por consiguiente, es fuerza concluir que formaban parte los vivas, los saludos, los cantos de guerra y las procacidades. En efecto, individuos vestidos de particular que marchaban junto a los marineros, arrojaban volantes de propaganda antisemita, del tipo corriente en la literatura fascista, y un folleto de propaganda turística, para viajes a España, escrito en italiano, que luce en la tapa un mapa de España, con un fascio cubriendo su territorio y caratulado "Sulle ormo dei nostri legionari" (sobre las huellas de nuestros legionarios), con el sub-título "Nella Spagna di Franco". En su interior, se exalta 'l'eroismo dei soldati spagnuoli e dei legionari', y se muestra la fotografía de Franco y una vista de ruinas de España producidas por los propios bombardeos fascistas que son, así, como el elogio de la destrucción hecha por ellos mismos.

Pero hubo, además, algo de espontáneo en el desborde.

Estos hechos, dadas las modalidades en que se dieron, son el fruto de la educación con que se forja a las juventudes de Italia en la escuela fascista desde hace quince años. Los hechos de la realidad fascista son, en efecto, peores, todavía, si es posible, que lo que preconizan los escritos del fascismo en los que se pretende exponer una ideología que en verdad no merece el nombre de tal. No es en vano que Spengler ha escrito: "Los grandes animales de presa, son criaturas nobles, de la especie más perfecta y sin la hipocresía de la moral humana, que proviene de la debilidad". No es en vano que la revista de los profesores nazis expone: "La sabiduría es la causa de la infidelidad, la razón es la causa de la degeneración, el cerebro, la causa de la despoblación".

La prédica de esos principios negatorios de la dignidad del hombre,

que tienen sus equivalentes en la Italia fascista, ha logrado la incorporación de hábitos de bestialidad a lo más íntimo de las maneras de la conducta humana, hasta hacer espontáneas e instintivas la grosería, la prepotencia, la brutalidad, la destrucción. Así se ha formado —y esto es acaso el mayor crimen del fascismo— una juventud que está quizá perdida para alcanzar un día la condición humana o que deberá, en el mejor de los casos, borrar de sí todos los vestigios de la animalidad que así se le ha inculcado, iniciando una nueva educación.

Por eso Bruno Mussolini, el hijo del Duce, ha podido escribir naturalmente: "No hay duda que el bombardeo es una gran diversión", y por eso los mentores de esas juventudes dejan escapar esas frases que espantan: la de Goebbels, "cuando oigas la palabra cultura, saca tu revolver"; la de Millán Astray, "Muera la inteligencia"; la de Queipo de Llano, "Como caballos es como hay que regir a todos los ciudadanos para que éstos puedan ser amantes de su patria", y ese poema que publica un calendario alemán, y que comienza así:

"Intelecto!
Abajo esa palabra!
Esa mala palabra
Con su apariencia de judaismo brutal!"

Nada de lo ocurrido lo imputamos, pues, a culpa de Italia, sino a culpa del fascismo. Queremos a Italia, a pesar del fascismo, a la Italia que nos ha dado la sangre noble de su inmigración para incorporarla a nuestra nacionalidad, para acrecentar nuestro progreso y hasta nuestro propio espíritu de libertad y democracia, la Italia heredera, no de los Césares, sino de los Gracos, la Italia de Rienzi, de Giordano Bruno y de Galileo, de Garibaldi, Mazzini y Cavour, de Nitti y de Ferrero, de Mateotti, Roselli y Gramsci, como queremos a Alemania a pesar del nazismo, a la Alemania de Bach, de Kant, de Fichte, de Beethoven, de Goethe y Schiller, de Marx, de Stresseman y Rathenau, y como queremos a España a pesar de la Falange, a la España de Alfonso el Sabio, de Raimundo Lulio, de Miguel Servet, de Cervantes, de Larra, de Azaña, de Miaja y de La Pasionaria, y sobre todo del inmenso pueblo anónimo que desde las luchas medioevales hasta la epopeya incomparable de hoy, es el defensor sacrificado de la libertad humana: a España, cuyos mejores hijos, los Bolívar, los San Martín y los Artigas se volvieron contra ella, no por ella misma, sino porque la gobernaba lo repudiable y espurio de ella. Y así lo dijo el propio Artigas: "Nuestros opresores, no por su patria, sólo por serlo, forman el objeto de nuestro odio".

Y esto es ya el símbolo mismo de nuestra protesta. La Italia espuria, no la Italia verdadera, la repudiable, el fascismo italiano, ha ofendido a la República de Artigas —ante cuyo monumento, por escarnio, sus torpes elementos colocaron una corona— a la República de Artigas, que

es la libertad, la democracia, la cultura, la justicia y la dignidad del hombre.

Y fascismo equivale ahora, en Sud América, a recolonización, desembozada o encubierta. La primera se expresa en planes como los del conde Karl von der Eichen: "Contamos con grandes diarios en Sudamérica, con grupos y partidos nacionalistas que aplican métodos de represión análogos a los nacional-socialistas. Cuando nuestra poderosa armada, nuestro invencible ejército y nuestra aplastante aviación enfilen hacia Sudamérica, no sólo no encontrarán quienes les ofrezcan algo parecido a una resistencia que no sea ridícula, sino que dispondremos de quienes las reciban con todos los honores". La segunda se expresa en frases de desprecio como las del general italiano Camorotta, jefe de la misión policial fascista en el Perú, que dijo: "...los peruanos, como los ecuatorianos, como los chilenos, *y en general todos los pueblos de Latinoamérica*, son, etnológica, cultural y moralmente inferiores, incapaces y hasta peligrosos para el desenvolvimiento y progreso de la especie y la civilización".

De este espíritu han venido imbuídos los audaces visitantes. Por ello, en Sud América, ser partidario del fascismo o, siquiera, no ser enemigo de él, es anti-patriotismo. Allí, en Europa, el fascismo es traición a la humanidad, porque es subyugar a otros pueblos, y aquí es, además, traición a la Patria, porque es dejarse conquistar.

Denunciamos, pues, como antipatriotas, a los que, aquí, como lo hicieron traicionando a su patria en Austria y en Checoeslovaquia, prestigiaron o apoyaron al fascismo, primero codicioso, luego perturbador, y más tarde invasor, o disimulan sus culpas, especialmente a los diarios que como en esta emergencia, entre la dignidad nacional afrentada, y la provocación fascista, han adulterado a favor de ésta los hechos a sus lectores, quienes, por otra parte, habrán sabido conocer la perfidia con que se les ha querido engañar, y habrán tomado buena nota de ella, cuando la verdad de los hechos ha tenido para hacerse evidente la plena luz de la calle y el testimonio de todo nuestro pueblo.

Como un desagravio a la Nación y a la Democracia ofendidas, exhortamos al pueblo nacional, sin distinción de partidos políticos ni creencias filosóficas o religiosas, a formar en la gran manifestación que recorrerá las calles de Montevideo, desde la Plazoleta del Gaucho hasta la estatua de Artigas, comenzando a la hora 19 del día de hoy en el lugar indicado en primer término.

Instituto Uruguayo de Investigación y Lucha contra el Fascismo, el Racismo y el Antisemitismo; Organización Popular Antifascista; A. I. A. P. E.; Federación de Estudiantes.

(Montevideo, Diciembre 26 de 1938).

Declaración

Las entidades organizadoras de la manifestación de desagravio a la nación, que debió realizarse ayer y que fué prohibida por la policía, hacen pública, mediante esta declaración, su protesta por la clara violación del derecho de reunión consagrado por el artículo 37 de la Constitución, que tal prohibición configura, y por el sentido antidemocrático que los fundamentos de la resolución respectiva revelan, tanto más lamentable cuanto que la doctrina que ellos sustentan niega al pueblo el derecho de expresar por sí mismo nada menos que sus sentimientos patrióticos, pretendiendo que él debe ser sustituído por el gobierno en esta materia, la más popular, precisamente, la popular por excelencia, por ser aquella en que, desapareciendo los límites partidarios y las diferencias de credos y de ideologías, la expresión del pensamiento alcanza la universalidad de la conciencia nacional.

Dice en efecto la resolución de la Jefatura de Policía:

"Considerando que el motivo a que se refieren los peticionarios para la realización del acto público, dado el tema que figura en aquélla (se refiere a la solicitud), es como consecuencia de los incidentes ocurridos el día 23 del corriente, incidentes que no tienen la trascendencia que los firmantes le atribuyen", y "que si fuere menester realizar desagravios a la nacionalidad uruguaya sería a los poderes del Estado a quienes competería asumir las providencias del caso".

De los fundamentos transcriptos se desprende además que es a la Jefatura y no al pueblo a quien compete interpretar si los motivos invocados para el ejercicio del derecho de reunión tienen la trascendencia que los organizadores de los actos populares les atribuyen, es decir, que según esta doctrina, el pueblo debe abdicar de su derecho de opinión y de libertad de pensamiento para remitirlos a las manos del gobierno, y estar a sus determinaciones, así sean éstas acertadas o erróneas.

Ello supondría privar en todos los casos a la conciencia popular de toda iniciativa, suponer infalible el pensamiento oficial, anular la crítica del gobierno por parte del pueblo o aún la facultad de contribuir a la orientación de la acción del gobierno por medio de la opinión popular, lo que, si sería inadmisible aun tratándose de gobiernos emanados de elecciones en que todo el electorado hubiese intervenido, porque en la democracia representativa se delegan funciones de gobierno y no opiniones para el futuro, lo es más tratándose de los surgidos, como el actual de nuestro país, de elecciones en que grandes partidos populares se mantuvieron en la abstención, y no pueden, así, considerarse representativos de toda la opinión nacional.

Por otra parte, la prohibición no invoca ninguna de las tres únicas excepciones que fija la Constitución para que pueda ser limitado el derecho de reunión. Dice, en efecto, textualmente dicho artículo que "el ejercicio de este derecho no podrá ser desconocido por ninguna autoridad de la República, sino en virtud de una ley, y solamente en cuanto se oponga a la salud, la seguridad y el orden públicos", y de los fundamentos transcriptos no resulta que se hallase comprometido en el caso ninguno de esos tres motivos de limitación. Y en cuanto al argumento final, de que "la Superioridad considera que es inoportuna la celebración del referido acto", no se dan tampoco para ello, como sería indispensable, ninguno de los tres motivos constitucionales, únicos que habrían justificado la prohibición.

Los firmantes hacen notar que, con el criterio policial, jamás se habrían realizado ni se realizarían legítimamente en lo futuro por el pueblo actos de desagravio a la Nación, y, más aún, ni siquiera manifestaciones patrióticas, pues siempre se sustituirían a ellas las medidas de cancillería, como jamás se realizarían manifestaciones para objeto alguno que pudiera caber en las atribuciones de un ente público cualquiera, pues siempre la vigilante previsión del gobierno se adelantaría a suplantarse a los pedidos populares, así fuera en materia de salud pública, de cultura, de garantías individuales, de justicia social o de lo que fuere servicio público previsto en la Constitución o las leyes, dado que para atender las necesidades públicas respectivas existen las instituciones oficiales correspondientes: consecuencia lógica de la tesis sustentada por la Jefatura, y cuyo absurdo como su inconstitucionalidad, su injusticia y su sentido antidemocrático queda evidenciado suficientemente con esta declaración, que las entidades organizadoras del acto prohibido se consideran en el deber de hacer llegar al conocimiento de la conciencia nacional.

Instituto Uruguayo de Investigación y Lucha contra el Fascismo, el Racismo y el Antisemitismo; Organización Popular Antifascista; A. I. A. P. E.; Federación de Estudiantes.

(Montevideo, Diciembre 27 de 1938).

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ADOLFO TEJERA. — "PENETRACION NAZI EN AMERICA LATINA". — Editorial "Nueva América". — Montevideo, 1938.

La acción política, la militancia de ideas, es algo más que la mera agitación de cada día. Esta es, desde luego, necesaria y sin ella no es siquiera concebible la acción democrática, el adoctrinamiento del pueblo. Las secas, duras ideas, han menester, para ahincarse en la conciencia popular, de esa etapa de digestión previa que se opera en ellas al transformarse en discursos, panfletos y artículos de periódico. O, tal vez, la acción de los propagandistas podría compararse más exactamente, con el proceso de cocción a que son sometidos los alimentos antes de ser ingeridos.

No es esa, sin embargo, la única misión que está reservada a los dirigentes. No puede limitarse su actividad a la de simples cocineros de ideas ajenas. A ellos también compete una función creadora, que sólo se alcanza por el trabajo metódico y silencioso, por el estudio y la serena meditación.

Un gran poeta nuestro expresa, en términos menos culinarios, este pensamiento: "Poseer ideas originales es encadenar la acción, encadenándola a uno mismo. La mejor acción es aquella que es instrumento de ideas. La inteligencia es acción en potencia; toda acción que no dimane de ideas, que no venga de la inteligencia, será impura y desordenada, y podrá ser detenida por otras acciones contrarias, hasta ser reducida a cero." (Oribe, "Teoría del Nous", p. 12).

En nuestro medio, hombres públicos de ese tipo son lo excepcional. Sólo en casos aislados se verifica esa armonía del pensamiento y de la acción, que permite realizar obra perecedera.

Por lo general, en vez de armonía, parece existir una antítesis patológica entre pensamiento y acción, que se manifiestan como términos excluyentes.

El fenómeno no es de ahora. Nuestra historia política está llena de magníficos talentudos, que aspiraron a resolver los problemas públicos a golpes de genio; que suplieron, muchas veces, la ausencia de información, con clarividencias intuitivas. Marcharon a tumbos, dominados por los acontecimientos, prodigándose en menudos menesteres, encarando con

criterio empírico los grandes problemas, si lograban por un momento superar la medianía en que se debatían. Pocos son los hombres que, desde la perspectiva histórica, nos brindan una concepción del gobierno clara y coherente, una acción política puesta al servicio de una idea política.

En los últimos tiempos, cuántos hombres positivamente de grandes condiciones, han echado, por primera vez, la mirada sobre un mundo de hechos e ideas nuevas que habían perdido de vista hace veinte años. Absorbidos por las premiosidades de la lucha, las ideas vivas se van transformando en cáscaras huecas; la acción lúcida degenera en el automatismo, en el sueño hipnótico indefinidamente prolongado.

Tal vez sea consecuencia de nuestra condición de pueblo joven esa especie de enfermedad nacional de la improvisación, que, en mayor o menor grado, a todos nos infecta un poco.

El surgimiento de valores más sólidos, mejor cimentados espiritualmente, aunque ello pueda ir en desmedro del brillo fácil, debe ser considerado como un síntoma de progreso en las costumbres políticas, digno de ser alentado y puesto en relieve.

Es por ello que no podemos menos de alegrarnos y de festejar la aparición de un libro como "Penetración nazi en América Latina", salido de la pluma de un hombre joven, tenaz militante de la causa democrática.

Aún juzgado con prescindencia de sus méritos intrínsecos, que los tiene y muchos, ese libro es testimonio de que Adolfo Tejera ha sabido sobreponerse al torbellino de la acción para dar forma metódica y ordenada a una concepción política. Sin abandonar la trinchera de lucha, los comités, los artículos de diario, los discursos políticos, el autor ha encontrado tiempo para concretar, en las apretadas páginas de ese volumen, un hecho social de incalculables proyecciones, gravita con siniestra sombra sobre el destino de América.

"Nada de rebuscamiento conceptual, ni de giros literarios, ni de filosofía política. Solamente exposición de hechos, simples, concretos y elocuentes, y comentarios sobre la realidad cruda que esos hechos crean y presentan." Así define Tejera el fin que tuvo en vista al escribir este libro. Que ha alcanzado su propósito, lo evidencian esas jugosas 150 páginas, llenas de enseñanzas y de hechos sugestivos.

La obra está dividida en cinco capítulos, que se refieren a la causa y objeto del libro, al imperialismo nazi en general, a los objetivos nazis en América Latina y al Brasil como expresión del avance nazi. Dedica el último, a articular las conclusiones que deben extraerse de ese estudio. De ahí salen las pragmáticas para la acción, inspiradas en un criterio firme y realista.

En un Apéndice final, pasa revista a los últimos acontecimientos europeos, especialmente al desmembramiento de Checoeslovaquia, que el au-

tor interpreta certeramente como una nueva y muy viva advertencia a los países sudamericanos.

En efecto, si en el corazón de Europa, un país prestigioso y valiente, cuya integridad territorial estaba protegida por solemnes tratados, es cortado impunemente como un queso ante la pasividad de sus aliados, ¿qué perspectivas se ofrecen a nosotros? Nosotros, que ante los ojos de muchos hombres del viejo continente aparecemos como primitivas tolderías indígenas, republiquetas australes, en qué hemos de confiar sino en nuestro propio esfuerzo coordinado para preservar nuestra soberanía?

En síntesis, el libro de Tejera es la obra de un hombre joven, que, en un amplio panorama, ha sabido ubicar el más agudo problema americano de nuestro tiempo. Ha diagnosticado el mal e indicado la terapéutica. Andando, pues. Está marcado el camino.

Felipe Gil

Ensayos

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRADOR:

VICENTE PALUMBO

Calle Paysandú, 1307 - Montevideo

Director: *Eugenio Petit Muñoz*

Secretario de Redacción: *Alicia Goyena*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
Carlos Benvenuto
Clemente Estable
Carlos A. Etchecopar
Hugo Fernández Artucio
Celestino Galli
Gustavo Gallinal
Luis E. Gil Salguero
Héctor González Areosa
Antonio M. Grompone
Gervasio Guillot Muñoz
Roberto Ibáñez
Rafael Laguardia
Alfonso Llambías de Azevedo
Lincoln Machado Ribas
Emilio Oribe
Julio Paladino
Carlos Sabat Ercasty
Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires:	Francisco Romero
	Angel Vassallo
Sao Paulo:	Gervasio Furest Muñoz
Santiago de Chile:	Humberto Díaz Casanueva
Caracas:	Salvador Fuentes Vega
California:	William Berrien
Paris:	Luis Ollivier
Madrid:	Helios Armando Vasseur

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

(DESDE EL N.o 13 INCLUSIVE)

Número suelto.	$ 0.60
Suscripción mensual	" 0.50
" trimestral	" 1.50
" semestral.	" 3.00
" anual	" 6.00